ΣΟΦΊΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

SAN JOSAFAT

(LLEGADA DEL BUDDHA Á EUROPA)

I

El Martirologio de la Iglesia romana, editado por el ilustre cardenal Baronio é impreso por primera vez en Roma en 1583, contiene, en la fecha del 27 de Noviembre, el siguiente artículo: «Conmemoración, entre los indios, vecinos de los persas, de los santos Barlaam y Josafat, de la que San Juan Damesceno ha escrito sus admirables actos.» La República de Venecia poseía una reliquia de San Josafat, á saber: un trozo de la espina dorsal, que el dogo Luis Mocenigo donó en 1571 al último Rey de Portugal, el infortunado D. Sebastián. La reliquia fué cogida por el pretendiente D. Antonio cuando escapó ante Felipe II, y su hijo D. Manuel la ofreció en 1633 al Monasterio de San Salvador, de Amberes, siendo objeto en 1672 de una «traslación» solemne, y en ella es todavía venerada. En Palermo hay dedicada una iglesia á San Josafat—que es de forma primitiva—, y el mismo santo es honrado en la Iglesia ortodoxa, tanto en Grecia como en Rusia y en Armenia.

La historia de San Joasaf y de San Barlaam se refiere en un libro griego, que durante mucho tiempo se ha atribuído al célebre Juan de Damas, pero que fué compuesto un siglo antes de él, es decir, en la primera mitad del siglo VII, en el convento de San Saba, cerca de Jerusalem (1). Este libro, escrito con verda-

(1) Esto es lo que ha demostrado H. Zotenberg en su excelente *Noticie sur le livre de Barlaam et Joasaph*. (París, Imprenta Nacional, 1886.)

dero talento, es una historia destinada á demostrar la verdad de la religión cristiana y á llevar al ánimo la idea de la renuncia y del ascetismo. Algunas parábolas, animadas de semejante espíritu, se encuentran intercaladas en el texto. He aquí, en resumen, sus rasgos esenciales:

«Un Rey pagano de la India, llamado Abenner, persigue á los cristianos. Este Rey tiene un niño de una belleza extraordinaria que se llama Joasaf. Un astrólogo anuncia al Rey que el niño reinará en un reino mucho mejor que el de su padre; pero que abrazará la religión de la que éste es enemigo. El Rey, para evitar esa desgracia, hizo edificar un magnífico palacio, en el que su hijo debía estar rodeado de continuo de hermosas jóvenes, sin oir jamás hablar de la religión cristiana ni de nada que rompiese el encanto de su existencia: la enfermedad, la vejez y la muerte, que le debían ser ignoradas por completo. Joasaf llegó á ser joven y quiso salir de su prisión. Un día encontró un leproso y un ciego, y aprendió que todos los hombres están sujetos á las enfermedades y á los dolores. Otra vez encontró en su camino á un anciano decrépito y achacoso, y aprendió que la vejez es inevitable y que lleva fatalmente á la muerte. Desde entonces el corazón del joven príncipe se llenó de angustia; los goces de la vida, amenazados por tales peligros y condenados á concluir, le parecieron que tenían algún encanto: no pensó en lo sucesivo más que en la muerte, y cayó en una profunda tristeza.

Mientras el príncipe se entregaba á semejantes desesperadas meditaciones, un monje, el anciano Barlaam, enviado por Dios, logró acercarse á él so pretexto de que quería ofrecer al príncipe una piedra de una virtud extraordinaria. Una vez á solas con Joasaf, le dió á conocer la vanidad del mundo y la salud que apareja consigo la religión cristiana; el joven fué conquistado en seguida por tal enseñanza, apoyada por un gran número de parábolas y ejemplos. Barlaam le administró el bautismo y la comunión y le dejó luego. Joasaf abrazó entonces una vida ascética en su palacio.

Instruído del suceso, el Rey trató de destruir la obra de Barlaam, y buscó un sabio pagano, llamado Nacor, que se parecía hasta confundirse con el monje cristiano. Persuadiósele á que se hiciera pasar por Barlaam y á sostener contra los judíos y los paganos una disputa en la que, defendiendo él el cristianismo, se dejase vencer. Pero Joasaf, advertido por Dios, declaró al pretendido Barlaam que si fuera vencido en la disputa le arrancaría el corazón y lo arrojaría á los perros. Asombrado Nacor, tomó su papel en serio y confundió á los adversarios del cristianismo; y, convirtiéndose él mismo sinceramente, se retiró al desierto, donde le bautizó un eremita.

Otro peligro mayor le vuelve á amenazar á Joasaf. El encantador Teudas persuade al Rey que el amar á las mujeres es lo

que más poderosamente actúa en los hombres; y le prueba, por el cuento que ha pasado á Bocaccio y á La Fontaine, la historia de *Los gansos del hermano Felipe* (únicamente que aquí las mujeres son llamadas los demonios y los gansos, lo que vale seguramente más). Rodéase, pues, al príncipe de bellas y hermosas mujeres que tratan de seducirle; pero una visión le lleva del cielo al infierno, y cuando vuelve en sí, la juventud de aquellas mujeres le parece «de más hedor que la misma podre». Teudas, en fin, que quería darle una lección, es, por el contrario, convertido á su vez.

El Rey acaba también por abrazar la religión que aborrecía, y su hijo y él imponen su fe á sus súbditos. Después de la muerte de Abenner, Joasaf renuncia al trono, marcha á unirse con Barlaam al desierto y rechaza muchísimas asechanzas de Satán, muriendo poco después que su maestro y en olor de santidad como él.»

Esta historia fué un encanto en la Edad Media. Traducida al latín, quizás desde el siglo IX, lo fué más tarde á todas las lenguas de Europa. Nada menos que tres veces ha sido puesta en verso en francés, suministrando asunto para dar composiciones dramáticas. Toda su belleza, no hay que decirlo, está en su primera parte; el resto es insulso, y la interminable discusión teológica entre el falso Barlaam y sus adversarios no tiene más interés humano que el de todas las controversias del mismo género. Nada más adecuado para herir la imaginación que los sucesos que preparan el ánimo del príncipe para recibir las enseñanzas de Barlaam. Si los males de la vida y su término fatal no nos fueran familiares desde la infancia y no los aprendiéramos insensiblemente con lo demás de nuestra concepción del mundo, y si se nos revelaran de pronto en medio de una existencia de delicias, ¡cuán fácilmente nos sorprenderían! Cuando á Joasaf se le coloca de pronto frente á esas terribles realidades, hasta entonces desconocidas para él, de la enfermedad, la vejez y la muerte, acaece en su alma una revelación en la que toma parte la nuestra. El pío asceta que acude á visitarle aumenta, desde luego, su turbación con las bellas palabras que le muestran la miseria humana, mucho más grande aún que lo que él la imaginara; pero luego le calma, revelándole el remedio para el mal que le roe: hay para el hombre una dicha perdurable, pero es en otra vida, y uno no puede conseguirla sino destruyendo en sí mismo todo ligamen con la presente. Este discurso, seguido de la exposición de la doctrina cristiana, deciden al joven príncipe á abrazar la religión que le explica á la vez lo que el destino humano contiene de mísero y de grande y esperanzado sin límites.

Esta emocionante historia, estas parábolas sorprendentes, que todos los pueblos de Europa han repetido durante muchos siglos, ¿son del autor griego que las ha inventado? Porque fácilmente se ve, á pesar del Martirologio romano y de los «ama-

ños» griegos, que nos hallamos frente á una novela y no frente á una biografía auténtica. Durante mucho tiempo se ha preguntado si podía creerse que un monje bizantino hubiera podido concebir unas ficciones tan vivas y destinadas á ejercer tanto influjo en la imaginación de otros hombres. Pero he aquí que en 1859, en el número del 26 de Julio del *Journal des Debats*—fijo la fecha porque es verdaderamente de importancia—, Eduardo Laboulaye abrió en esta cuestión horizontes más vastos é inesperados. Reconocía, en efecto, que el cuadro entero de la historia de Joasaf era sencillamente el de la historia del Buddha: las revelaciones sucesivas que trastornan al hijo de Abenner no son sino «los tres encuentros» del hijo de Suddhodana con un enfermo, un anciano y un muerto, encuentros que llevan al príncipe heredero de los Sakya á la meditación, de donde surge su doctina, que después de veinticinco siglos se celebra en los sagrados del buddhismo. Así, en el entendimiento de un sabio y de un filósofo que amaba los cuentos como las ideas y que, por un azar raro, había leído á la vez *Barlaam* y *Joasaf* y el *Lalitavistara*, la cadena que, después de los siglos, partiendo de la India se perdía por el mundo, era encontrada, y una chispa de luminosa luz brotaba, uniendo el punto de partida y el de llegada. El San Joasaf de los griegos, el San Josafat de los católicos, no eran sino el mismo Buddha, y la historia de la imaginación humana contaba con un irónico ejemplo más de esas «equivocaciones fecundas que señalan cada uno de sus pasos (1).

Casi al mismo tiempo que Laboulaye lanzaba, casi sin insistir en ello, su preciosa observación, un sabio alemán, F. Liebrecht, hacía por su parte la misma indicación, apoyándola en una comparación minuciosa. La completaba de una manera muy interesante, señalando muchos episodios de la novela, y sobre todo, la mayoría de las parábolas no eran sino buddhistas en su esencia. Más tarde, otras comprobaciones han venido á confirmar la tesis de Laboulaye y de Liebrecht. Se reconoce, desde luego, que el nombre mismo de *Joasaf* no es sino una transformación del nombre de *Bodhisatva*, que llevaba Siddhartha antes de llegar á Buddha. De otros nombres también y de otros detalles se han hallado su origen y su forma primitiva en la literatura buddhista, cuyos inmensos é indigentes tesoros nos son cada día más accesibles. Nadie duda hoy, así, que la vida de San Joasaf y de San Josafat es una vida del Buddha, cristianizada, y que la mayoría de las parábolas que la enriquecen pertenecen al antiguo acevo de la enseñanza buddhista.

Ahora bien; sabido esto, se plantea otra cuestión: ¿Cómo esa vida y esas parábolas salieron de la India para llegar á la celda

---

(1) Es curioso notar que en el siglo XVI el portugués DIEGO DO COUTO consignó la identidad de *Barlaam* y *Joasaf* con la leyenda del Buddha; pero, naturalmente, él consideraba ésta como una falsificación de la leyenda cristiana (*V. Zotenberg*, p. 63).

de un monje palestino que, dándolas una forma griega, las hizo entrar en la literatura universal? El título del libro griego parece indicarlo: «Historia edificante, traída á la Ciudad Santa de la comarca interior de los etíopes, llamada también región de los indios.» Fueron, pues, parece, los indios los que llevaron á Jerusalem la historia del Buddha, ya transformada en leyenda cristiana; y el monje Juan la editó en griego, no sin añadirle é insertar en ella una parte completamente dogmática, en la que las discusiones teológicas, tan vivas entonces en Oriente, dejasen de reflejarse, lo que ha permitido fechar la obra con una exactitud casi exacta. Tal opinión, á la que se acogió Mr. Zotenber en su estudio tan sabio y tan penetrante, que para apoyarle recordó la existencia sobre la parte occidental de la India, en los siglos VI y VII, de una cristiandad nestoriana muy numerosa. En esa comunidad fué adaptada á la religión del Cristo la historia de Sakya Muni y las hermosas parábolas que predicaba tan elocuentemente sobre el menosprecio del mundo y la aspiración á una vida únicamente verdadera. Alguno de esos cristianos de la India hubo de ir por cualquier motivo á Jerusalem, y de sus labios el monje de San Saba recogió el maravilloso relato. Falta por saber—y Mr. Zotenberg trata ingeniosamente de explicarlo—cómo el autor, tan rígidamente ortodoxo, del libro griego pudo calificar de heréticos á hombres venerables y piadosos, porque no había entonces seguramente en la India cristianos ortodoxos, es decir, «calcedoniano» como él.

Pero apenas el sabio orientalista francés había publicado su trabajo, cuando una serie de descubrimientos y de publicaciones, efectuadas por diversos eruditos rusos y alemanes, vinieron á colocar la cuestión en un estado completamente nuevo. Las conclusiones á las que llegaron han sido expuestas por Ernesto Kuhn, de Munich, en un trabajo donde la ciencia más grande y el método más riguroso se aunan con la mayor perspicacia (1). Me parece que tiene interés el resumirlo.

Frente á la hipótesis de Zotenberg, que no admitía entre la tradición búddhica y el libro griego más que un intermediario indio aún, se había propuesto ya hacía tiempo para la emigración de la leyenda hinda á Palestina una serie de etapas más conforme á peregrinaciones análogas.

Hay, efectivamente, otros libros hindos que, franqueando el recinto del Himalaya, han llegado desde el Asia occidental á Europa, y sabemos cómo han efectuado ese viaje. De la India han llegado, desde luego, á Persia, donde se han traducido al pehleví—es decir, la lengua oficial del Imperio sasánida (226-641)—; del pehleví han pasado al siriaco ó al árabe y del siriaco es de donde han salido las versiones hebráica y griega, fuen-

(1) *Barlaam und Joasaf. Eine bibliographisch literargeschichitliche Studie*, Munich, 1893, in 4.°

tes, á su vez, de las traducciones en otras lenguas. Tal es la historia del *Calila y Dimna,* colección de fábulas y de cuentos que en el siglo VI fué puesta de sanscrito en pehleví por orden del gran Chosroes, y que el buen La Fontaine ha imitado á veces atribuyéndolas al «sabio Pilpay»; tal es la del libro titulado *Los Siete Sabios,* el mejor modelo de «novela de cuentos» *(romans à tiroirs),* que ha gozado durante siglos de una popularidad igual á la de *Barlaam* y *Joasaf;* y tal también, en parte, la de *Las mil y una noches.*

Parece, pues, de primer momento que la transmisión del *Barlaam* y *Joasaf* debió hacerse por los mismos caminos; se inclina uno al pehleví y al siriaco, intermediarios ordinarios entre la India y el Asia occidental. ¿Pero cómo comprender que los persas, tan hostiles al buddhismo como al cristianismo—como á toda religión predicadora del ascetismo y el menosprecio á la vida—, hubieran de acoger, aunque fuera para cristianizarla, la leyenda del gran asceta indio, es decir, la glorificación más absoluta, por decirlo así, de la doctrina de la vanidad de las cosas humanas y de la salvación por la renuncia?

Gracias á los descubrimientos recientes, la hipótesis en cuestión ha venido á ser casi cierta, y las dificultades que presentaba parece que han sido vencidas. Se han encontrado diversos ejemplares, más ó menos imperfectos, de una antigua versión árabe que tiene más parecido con la tradición búddhica que el libro griego; y razones poderosísimas inducen á creer que tal versión está hecha del pehleví. Una redacción georgiana, además, recientemente descubierta, ocupa con toda evidencia un lugar intermedio entre la forma pehleví-árabe y la novela griega. Ésta aparece también como un arreglo habilísimo, pero muy sobrecargado de teología, del original de la versión georgiana, y este original era, sin duda, una versión siriaca del mismo libro pehleví que sirvió de base á la redacción árabe. Si se recuerda que la novela griega fué escrita cerca del 630, eso nos hace poner el libro pehleví en el siglo VI.

Ahora bien; Mr. Kuhn muestra que precisamente en esa época la parte del Imperio sasánida—próxima á la India, la antigua Bactisana, el Afghanistan actual—ofrecía á una producción de tal género un terreno abonadísimo. Por encima del zoroastrismo dominante, el buddhismo y el cristianismo hacían numerosos prosélitos, disputándose su influencia, aguardando que el islamismo quisiera sumergir bajo su ola invasora. Buddhistas y cristianos empleaban para su propaganda la lengua literaria del país. Los buddhistas compusieron en pehleví un *Libro de Buddha,* un *Libro de Yudâsaf* (Bodhisatva). Un cristiano tuvo la idea de coger para su religión la emocionante historia de Yudâsaf y las parábolas que prestan tanto encanto á la predicación buddhista. Pero el Yudâsaf cristiano no podía, como el Bodhisatva, llegar por sí mismo al conocimiento de la Verdad; necesitóse

introducir al monje Balauhar (nuestro Barlaam) para que se la enseñase. El libro de *Yudâsaf* y *Balauhar*, donde el autor insertó, en medio de los apólogos hindos, la hermosa comparación evangélica del sembrador, hubo de conseguir un gran éxito. Inmediatamente fué traducido al siriaco; pero en esa traducción sufrió algunas modificaciones y perdió su segunda mitad, reemplazándola con un relato más superficial y más alejado de las fuentes búddhicas. Es esta redacción siriaca la que sirvió de base á la versión georgiana, generalmente fiel, y al arreglo griego de Juan de San Saba. Juan no se contentó con hacer en la obra ciertas correcciones de detalle; la desarrolló más, á expensas de la proporción, en la parte dogmática, é hizo penetrar en ella las discusiones teológicas de su época, sabiendo, además, dar al libro una forma feliz, elegante y sencilla, al mismo tiempo que la asigna un puesto principal entre las producciones de la literatura bizantina.

Revestida así de una nueva forma, la «Historia edificante» penetró en el mundo griego, eslavo, latino y el germánico, siendo traducida á todas las lenguas de Europa, é impuso sus héroes—uno de los cuales era puramente ficticio y otro nada menos que el fundador del buddhismo—á la admiración de los cristianos y á la veneración de las iglesias. Por otra parte, el libro pehleví, traducido al árabe, sedujo á los musulmanes y judíos, y unos y otros le adaptaron á sus creencias, haciendo enseñar por Balauhar á Yudâsaf, en vez de la doctrina cristiana la de sus respectivas religiones. Así, este libro, escrito en el siglo VI por un desconocido en un rincón del Afghanistan, en una lengua que había muerto hacía miles de años, se extiende, transformándose más ó menos, en todos los pueblos civilizados, y los relatos que contiene han encantado—después de los buddhistas—á los cristianos, á los musulmanes y á los judíos. Es decir, á casi la totalidad de la humanidad pensante.

Esta historia de un libro es seguramente maravillosa y hace surgir muchas ideas en la mente. Quisiera señalar algunas. ¿Cómo un conjunto de relatos y de noticias que no sólo son búddhicas, sino que forman la base de la doctrina buddhista, han podido convenir al cristianismo, luego al islamismo y después á los judíos? Y, fuera de toda religión positiva, ¿hay en esos relatos y en esas noticias algo perdurable, verdaderamente humano, seductor á tuertas ó á derechas, algo que responda á deseo secreto, á una aspiración íntima de nuestras almas?

II

La historia de Yudâsaf en el libro pehleví, de donde proceden las diferentes redacciones de que hemos hablado, no estaba sino superficialmente cristianizada; los musulmanes y los judíos no tuvieron que hacer sino unas breves supresiones para apro-

piársela. Lo que contenía, además de las leyendas búddhicas en que estaba inspirada, era una crítica del politeísmo, al que oponía la creencia en un Dios único. El buddhismo, como se sabe, no entra en discusión de tal género; se contenta con despertar en el hombre el sentimiento de la miseria de la vida terrestre con la esperanza de escapar á ella por la renuncia completa, gracias á la que el alma, después de la muerte, puede alcanzar existencias más dichosas, que concluyen por el reposo eterno en el Nirvana (1). Tal es el único asunto de las meditaciones de Sakya Muni y tal es el fondo esencial de su doctrina.

De semejante concepción es de donde salen las parábolas que el «Libro de Yudâsaf y Balauhar» ha tomado de la predicación buddhista, las más bellas, quizás, que se han inventado para herir la imaginación con las enseñanzas del ascetismo. La locura de los hombres, que olvidando la inestabilidad de las cosas terrenas, gozando con embriaguez la fugitiva y peligrosa dulzura, la sabiduría de los que emplean la vida presente en preparar la futura, jamás han sido presentadas con más viveza que en esas fuertes é ingeniosas ficciones. La miseria del hombre y su inmensa esperanza vienen sucesivamente á ahogar y á arrebatar nuestro corazón, precipitándole en el fondo de abismo amargo ó llevándole hacia el cielo inmutablemente sereno. He aquí las dos parábolas más sorprendentes. La primera, sobre todo lo que hay de inestable y trágico en la vida humana y de ilusorio en los goces que parece ofrecer:

«Un hombre huía ante un rinoceronte furioso. Como iba asustado por los rugidos del animal, corría con todas sus fuerzas y cayó en abismo que se abría delante de él. Pero al caer pudo asirse á la rama de un árbol que había allí y se agarró fuertemente á ella. Su corazón se confortó un poco; pero por encima de donde estaba vió dos ratones, uno blanco y otro negro, que roían sin descanso la raíz del árbol, que estaba ya próximo á romperse. Tendió la mirada hacia abajo y descubrió un dragón que vomitaba llamas y que abría una boca enorme para engullirle. Paseando con angustia sus ojos en torno suyo, distinguió luego cuatro cabezas de serpientes que se dirigían hacia él. Pero, he aquí que, levantando la cabeza, una gota de miel dejada por las abejas sobre una rama, fué á caer en su boca, entreabierta; y no pensando en lo que le rodeaba, en el monstruo que le perseguía, en el dragón que le aguardaba, en las serpientes que le acechaban y en la ruina inminente del árbol, que era su único apoyo, el insensato se entregó en cuerpo y alma á la dulzura de aquel goce de un instante (2).»

---

(1) Véase el hermoso libro de OLDENBERG, traducido por A. FOUCHER, *Le Bouddha*, etc. París, Alcan; 1894.

(2) Modifico algunos detalles de la versión de la novela griega, según las versiones chinas (traducidas del sanscrito) de esta parábola, que ha dado á conocer ESTANISLAO JULIEN.—El rinoceronte es la muerte; el dragón, el Infierno; las cuatro ser-

La otra opone á esa demencia la sabia previsión de los que comprenden el verdadero sentido de la vida:

«Había una ciudad cuyos habitantes tenían la costumbre de escoger por Rey á un hombre extranjero y desconocido, que no sabía nada de tal costumbre. Este hombre, durante un año, hacía cuanto le venía en gana; pero pasado ese tiempo, cuando gozando de todo los placeres creía reinar sin fin, se le cogía, se le quitaba la ropa real, se le paseaba desnudo por la ciudad y se le enviaba á una isla lejana, donde sin vestidos y sin alimentos perecía miserablemente. Una vez, el hombre á quien se eligió Rey fué un hombre de espíritu prudente, y en vez de dejarse conducir sin reflexión, como sus antecesores, por el encanto de la vida presente, pensó mucho en su destino. Á fuerza de inquirir supo la costumbre del país y la situación del lugar donde iría desterrado. Entonces, como era dueño absoluto, hizo sacar los tesoros y los envió á la isla, y los hizo llevar por fieles servidores á la misma. Así, pues, cuando fué llevado á la isla, en vez de morirse de hambre y de frío como sus antecesores, él gozó, gracias á su prudencia y á las provisiones acumuladas, de una vida cómoda, que no fué turbada por el temor á lo por venir.»

Tal es la concepción de la vida, desesperante y consoladora á la vez, que se impuso el fundador del buddhismo—cualquiera que sea la realidad de su persona histórica—y lo que le hizo establecer su religión ó, mejor dicho, su disciplina; y esta concepción ha sido tan profundamente simpática al alma humana, que hoy día aún el buddhismo, complicado, es verdad, con elementos muy extraños, forma la base de la vida moral de una gran parte de la raza humana, y se pretende que hasta hace conquistas en nuestra sociedad europea, donde la fatiga de la acción y la derrota de muchas esperanzas engendran en las almas de algunos esa necesidad de reposo que es tan antigua en las razas orientales. El cristianismo toca á esa concepción por uno de sus lados y ha podido así, sin ningún esfuerzo, apropiarse de las alegorías que lo manifiestan. El autor de la novela griega ha expuesto esa concepción con una rara elocuencia en estas reflexiones que pone en boca de Barlaam:

«Así que ha caído de mis ojos la venda del error, después que he visto que toda la vida de los hombres se consume en cosas vanas, que aparecen y desaparecen, que nada está fundado sobre bases sólidas, que los ricos no conservan sus riquezas ni los poderosos su poder, ni los sabios su saber, ni los dichosos su dicha, ni los libertinos sus placeres, ni los que creen vivir en paz su vana é incomprensible seguridad; después de haber visto que todo lo que se ama en este mundo no es durable, que la vida, por lo contrario, se asemeja á la caída vertiginosa de un torrente

---

pientes, los cuatro elementos; y los dos ratones el día y la noche, que roen incesantemente el frágil sostén.

en el Océano, he comprendido que todo eso es vano, inútil, pues lo mismo que cuanto ha existido ha sido sepultado en el olvido, gloria, poder, dignidades, orgullo del mando, arrogancia de los tiranos y otras cosas semejantes que hay presentes desaparecerán en lo futuro... Yo he visto cómo este mundo tirano trata á los hombres, colocándolos aquí ó allá, precipitándolos de la riqueza en la miseria, elevando á otros de la pobreza á la gloria, expulsando de la vida á unos y trayendo en su lugar á otros; rechazando á los sabios y prudentes, rebajando y deshonrando á los honrados y respetados, elevando á las cumbres de la gloria á los tontos y á los idiotas y prodigando honores á los menospreciados y obscuros. En presencia de esa cruel tiranía del mundo, el género humano no tiene ningún punto de apoyo. Como una paloma que huye de un águila ó de un gavilán, vuela de un lado para otro, posándose ya en un árbol ya en un zarzal ó refugiándose en la cresta de una roca, buscando evitar todas las espinas; no encontrando en ningún sitio un abrigo seguro, se agita y tiembla sin cesar: así los que aman con pasión las cosas presentes, los que tienen un ardor irreflexivo, se atormentan con la mayor angustia, sin hallar nunca ni un apoyo, ni un abrigo, sin saber á qué sitio dirigirse ni adonde les lleva esa vida de nada (1)...»

El autor de esta hermosa página era un monje; él reconocía con transporte en la leyenda búddhica el mismo espíritu que le había llevado y mantenido en su vida ficticia y estéril. El buddhismo es esencialmente una disciplina de monjes. Su enseñanza se hallaba en perfecto acuerdo, al menos en uno de sus aspectos, con esa forma especial del cristianismo, más desenvuelta antes que hoy, que se llama monaquismo. Con frecuencia se ha sorprendido uno de la semejanza de los conventos buddhistas con los monasterios cristianos, sobre todo con los de Oriente, y es muy posible que las mismas vírgenes del cenobitismo, que son egipcios como se sabe, se remonten á una imitación del cenobitismo hindo. Transportado á Occidente, el monaquismo se transformó poco á poco: se mezcló á la vida del mundo y se hizo más benigno, pero también más militante. Hoy mismo, después de quince siglos de evolución, no se hace aceptar sino como una organización práctica de enseñanza ó caritativa. Pero la inspiración que le hizo nacer era extraña á toda idea de acción sobre el mundo externo, con el que el monje debía tener el menor contacto posible. El monaquismo no era sino un medio de conseguir la dicha presente y futura, fundándose en la clara comprensión de la vanidad de los bienes perseguidos por los hombres y la subordinación completa de esta vida á la vida de lo futuro. He ahí por qué la leyenda búddhica, que enseñaba tan elocuentemente esa vanidad y esa subordinación, debió

(1) Según la traducción de Zotenberg.

agradar á los monjes cristianos. Para hacerla aceptable bastaba con substituir á la sola fuerza de la reflexión que enseña al Bodhisatva el camino de la salvación con la intervención de un apóstol encargado por Dios de iluminar á Yudâsaf. Eso es lo que hizo el primer adaptador, los que le siguieron, naturamente encariñados con él, transformaron el libro en una exposición completa de la religión cristiana, acompañada de una polémica contra sus rivales. Pero la parte verdaderamente esencial de la novela cristiana, como de la leyenda hinda, es la teoría de la inanidad de la dicha que buscan los hombres, la insignificancia de esta vida comparada con la vida futura, y la conquista de la verdadera felicidad por el ascetismo.

Esto no era completamente cristiano, no era verdaderamente cristiano. Se buscará en vano en el *Barlaam* y *Joasaf* el menor comentario de parábola que, según Jesús mismo, contiene toda la ley: *Ama á Dios y á tu prójimo*. El monaquismo cristiano no ha sido grande sino por los lados en que se ha separado del monaquismo búddhico, es decir, por el amor de Dios, ya bajo contemplación mística, ya bajo sumisión apasionada á la persona del Redentor; y que el amor al prójimo, manifestado en las obras de misericordia y de reconocimiento. El elemento buddhista, si se puede hablar así, del cristianismo, ha sido siempre en él la parte menos elevada y fecunda; pero ha jugado en otro tiempo un gran papel. Las multitudes cristianas de la Edad Media, como las multitudes asiáticas desde hace veinticinco siglos, han admirado, sin ser nunca capaces de asimilársela por completo, una enseñanza que, poniendo ante sus ojos los sufrimientos más reales y la inutilidad de la lucha por la dicha, les indicaba el modo de encontrar acá abajo el reposo, prometiéndoles la felicidad en otro mundo. El libro de *Barlaam* y *Joasaf* no ha sido uno de los menos poderosos vehículos de semejante enseñanza. La doctrina buddhista se conserva en él tal como es, con su punzante amargura y sus consolaciones egoistas, sin arrimarse ni llegar al contacto de la predicación evangélica. Los símbolos ingeniosos de que se vale tienen enérgicamente las imaginaciones. En el misterio del rey Avenir (1), los célebres encuentros del Buddha con la vejez, la enfermedad y la muerte, puestos bajo el nombre de San Josafat, llenaron á los espectadores de admiración y emoción; las escenas que las contienen son desde luego las más salientes de nuestro antiguo teatro religioso.

Sería demasiado largo exponer aquí cómo el libro de Yudâsaf pudo adaptarse al uso de la religión musulmana y de la religión judía. Para la primera se comprende fácilmente: la idea de la vida futura ocupa en ella un espacio y el ascetismo en la misma

(1) Este nombre de *Avenir* ó *Avennir* es la transcripción latina del nombre griego *Abenner*, según la pronunciación griega de la Edad Media.

tiene un gran honor. En cuanto al judaismo no pudo gustar de un libro semejante, sino cuando hubo transformado aquél notablemente su antiguo espíritu; sabido es que en otro tiempo fué una religión puramente terrestre, y que su moral, exencialmente familiar, no tuvo que ver nada con el ascetismo. La noción de la vida futura tomó poco á poco en el pensamiento judío una importancia más considerable; pero la idea de la renuncia á los goces de este mundo y á los deberes sociales, no penetró en él. Sin embargo, la belleza de las parábolas de nuestra novela hirieron también la imaginación hebráica; ella fué asimilada en el instante sobre la oposición del culto del Dios único contra el de los ídolos, y sobre el contraste de la eternidad y omnipotencia de Dios frente á lo efímero y frágil de las obras humanas. ¿Qué hubiera dicho el rabino Ibu Chasdai, que arregló al hebreo en el sigloxiii, en España, la historia de Joasaf, de un original árabe, si se le hubiese dicho que la inspiración fundamental de este libro edificante, se reducía esencialmente á unateismo pesimista?

III

«He aquí ¡oh monjes! la verdad santa sobre el dolor: el nacimiento es dolor; la enfermedad es dolor; la unión con lo que se ama, no es sino dolor; la separación de aquello que se ama, también es dolor; no poder conseguir un deseo es dolor. En fin, la quíntuple ligadura á las cosas terrestres es dolor.»

Tal es la primera de las «cuatro nobles verdades» anunciadas por el Buddha en el famoso sermón de Benares y que sirven de fundamento á su doctrina.

Una concepción pesimista del mundo, es siempre seguro que hallará eco en las profundidades del corazón humano, y ese eco será tanto más poderoso cuanto más haya ese corazón alimentado anteriormente las mayores y más confiadas esperanzas. Si en nuestra Europa moderna, el desolador pesimismo se halla tan extendido, es porque sucede como un reflujo natural á la inmensa oleada de optimismo activo que levantara la filosofía del siglo xviii, y que llevó adelante la Revolución. Nuestro pesimismo ha reconocido su hermano en el que inspiró al buddhismo. Pero es, sin embargo, más profundo y más amargo; no encuentra sólo el dolor en «la unión con lo que no se ama, sino en la separación de aquello que se ama»; descúbrela también en la unión con la que se ama y llega á comprobar que se ama. Reprocha no solamente á la dicha humana ser rara, inestable y frágil, sino que la niega ó la ridiculiza. Si no hubiera enfermedad, vejez, ni muerte, la vida le parecería buena á Joasaf. Obermann no le encontraría tampoco ningún salvador. Todo trabajo es inútil, todo goce falso, todo conocimiento erróneo y toda afección ilusoria. La inutilidad absoluta de la vida, la men-

tira de las apariencias se imponen al pensamiento y paralizan la acción y el sentimiento. Tal es el trabajo conseguido por la moderna reflexión de sí mismo. Las nociones científicas que han transformado el universo han venido, por otra parte, á arrebatar al hombre su orgullo y su esperanza, como la reflexión le había llevado la alegría. La tierra no es el centro del universo, sino un grano de arena en el torbellino de los mundos visibles, y no es, sin duda, sino un poco de polvo perdido en lo infinito de un movimiento ciego y eterno. Sobre ese grano de arena, no es el hombre un ser aparte: un animal apenas distinto de los otros, salido de sus variedades para su desgracia; no se atreve tampoco á separar su destino de aquélla, y se atribuye una persistencia contraria á la ley de la formación, de la evolución y de la destrucción de los organismos, ni imagina que hay en el cielo un Padre que le ha creado á su imagen y que le tiene un interés particular. Duda hasta de su individualidad: ese *Yo* que había colocado tan alto, se desvanece en una aglomeración de células asociadas. Mil veces más vacío el cielo y mil veces más triste la tierra, se muestran hoy al pensador de ahora que al soñador de hace veinticinco siglos. El no espera hallar, como el ave de *Barlaam y Joasaf*, una rama verde donde posarse, un pico de una roca donde parar un momento. Nada podría protegerle ó defenderle del tormento que lleva en sí mismo, de la laxitud que le abate. Contemplando el universo, no ve nada que pueda atraerle, encantarle ó distraerle; en el inmenso fluir de las cosas no ve nada más que arena, nada real, fuera del sufrimiento, y hasta la miel de las abejas ha perdido para él su dulzura.

Esta desilusión y este dolor, aunque bebidas en fuentes menos profundas, Sakya Muni las conoció y creyó deber suyo encontrar un remedio. En el buddhismo, y particularmente en el libro que nos ocupa, la descripción del mal resalta y las parábolas que he citado hablaron siempre á la imaginación. En cuanto al remedio, ha perdido ya su virtud. Estaba demasiado unido á la concepción del mundo que en la época del Buddha reinaba en el pensamiento hindo, y es muy extraño á nuestro modo del sentir.

«He aquí, ¡oh monjes! la verdad santa sobre el origen del dolor: no es sino la red, la red de existencia, que nos lleva de nacimiento en nacimiento, la red de placer, la red de poder.

He aquí, ¡oh monjes! la verdad santa sobre la supresión del dolor, la existencia de esta red por el aniquilamiento completo del deseo, desterrando el deseo, renunciando á él, libertándose de él y no dejándole un lugar.»

El buddhismo es, pues, ante todo, una «fórmula de liberación». Pero es preciso entenderlo: no es sólo el dolor actual y terreno de lo que pretende libertar al hombre, como hacía el estoicismo helénico; él quiere, principalmente, libertarle de esos renacimientos infinitos, cuyo terror gravitaba sobre la vida

hinda. El fin supremo del alma es conseguir la supresión de todo renacimiento; consiguiéndolo, el buddhista piadoso está seguro que las extinciónen las que renacerá serán cada vez menos dolorosas. Eso no sería decir nada á nuestro entendimiento y á nuestro corazón... y, sin embargo, la abolición del deseo no puede obtenerse sino por una convicción de ese género.

Al Nirvana, precedido de renacimientos más ó menos numerosos, la adaptación cristiana de la leyenda búddhica le substituye con la promesa del paraíso eterno. La esperanza del paraíso, ciertamente, es un poderoso medio de acción que ha llevado entre nosotros á innumerables monjes á abolir en ellos el deseo. Pero no sirve sino para los creyentes. Los demás se encuentran, como Joasaf, y con dolorosas y grandes experiencias frente al problema de la vida. ¿Qué remedio al pesimismo que le domina podría hallar un Siddhartha moderno? ¿Qué remedio un Barlaam moderno podría suministrarle á Joasaf?

Sería, á mi entender, precisamente contrario al de la antigua sabiduría hinda. So pretexto de apartarle del *Yo* el ascetismo búddhico, se encierra en él: no busca, á su manera, sino la dicha, ó al menos la no desdicha del individuo, y cree llegar á ella circunscribiendo la vida lo más posible, separando al hombre del mundo y extinguiéndole el deseo. El remedio moderno al pesimismo consistiría en una ampliación de la vida, en el ennoblecimiento del deseo y en la íntima unión del hombre con el mundo y la humanidad. La palabra «amor», que jamás pronuncia buddhismo (1), y de la que el cristianismo ha hecho el resumen de toda su doctrina, he ahí la palabra liberadora para nosotros. Amar, es á la vez vivir con más intensidad y partir con los objetos del efecto la vida. La ciencia, el arte, el trabajo, la ventura, el viaje, la filantropía, el patriotismo, la amistad, la familia, el amor propiamente dicho, no son sino forma del amor, conducentes, como el estéril ascetismo, á una cierta desposesión del *yo*, pero para llevarle sobre el *no-yo*, lo que le eleva. El hombre no alcanzará por eso una dicha beatífica y pasiva que le dejara en seguida, pero se sentirá en comunión constante con la naturaleza y con sus semejantes, y gozará

---

(1) Esta aserción es contraria á todo lo que se dice generalmente del buddhismo; pero véanse las penetrantes observaciones de Mr. Oldenberg (pág. 293 y siguientes de la traducción francesa), y sobre todo ésta: «El buddhismo no manda tanto amar al enemigo como no odiarle; despierta y mantiene las disposiciones bienhechoras y misericordiosas respecto de todo el mundo; pero sin olvidar que sujetar el corazón á otros séres, es caer bajo el yugo de los goces, y por consiguiente, de los dolores de este mundo pasajero.» Los ejemplos famosos que ofrecen las leyendas buddhistas de compasión hasta el sacrificio más completo de uno mismo, están destinados sencillamente á inculcar la indiferencia que se ha de tener por esta vida, y el sacrificio se presenta siempre en ellos como una excelente posición, en vista de las futuras existencias.

de su actividad, aprovechando á la de los otros. Si la transformación completa del mundo material y moral por la ciencia ha rebajado nuestro orgullo y reducido nuestra individualidad, nos ha proporcionado, en cambio, la enseñanza de la estrecha solidaridad que une á los hombres entre sí y con el Universo. Comprender es aumentar en el entendimiento la ciencia de tal solidaridad; amar, es ponerla en práctica. Estas dos palabras no ofrecen en realidad sino los dos aspectos de una misma idea. Esforzarse en conocer tanto como sea posible el universo eterno é infinito, en el que aparecemos en un punto y en un momento, preocuparse menos de la dicha personal y sí en cambio de la ajena; he ahí el remedio que nuestra filosofía propondría al pesimismo moderno, y que se expresa en la máxima cristiana: «Ama á Dios y á tu prójimo.»

Desde este punto de vista, la brevedad de la vida humana, la inestabilidad de nuestros goces, los peligros que sin cesar nos acechan, no son nada que deban desesperarnos. Nuestro verdadero destino está en nosotros mismos: entregados á la inflexibilidad de las leyes naturales y al ciego azar de las circunstancias, sabemos que envejecemos, que morimos, que podemos sufrir la pobreza, la enfermedad, los disgustos y, sobre todo, el más duro y mayor de todos: «la separación de lo que se ama». Pero no encontramos la vida mala en sí porque sea corta, ni nuestros goces ilusorios porque estén amenazados sin cesar. Pueden caer sobre nosotros golpes tan rudos que nos aplasten, pero tenemos la esperanza de escapar de ellos, y el peor de los males sería un temor perpétuo. Queremos amar siempre, y hemos de aprender constantemente; por lo tanto, nuestro corazón jamás se encontrará ocioso. Si un Barlaam moderno viera al hijo del rey Abenner, abrumado de tristeza después de esos tres encuentros, le diría: «No pienses en que puedes empobrecer y enfermar y en que has de envejecer y morir, ¿de qué te servirá esa meditación? Piensa más bien en que puedes sobrellevar la pobreza, aliviar la enfermedad y soportar la vejez. Aprovéchate ahora de tu salud, de tu juventud, de tu fortuna, y busca en la vida los goces que puedes proporcionarte. Despliega y desarrolla por la acción todas las fuerzas de tu cuerpo y de tu entendimiento. Goza del espectáculo que este vasto mundo ofrece á tu mirada, y trata de penetrarte de él cuanto más puedas en el alma y en los ojos. Tú, no eres un sér aislado que vive de su propia vida; perteneces á una familia, á una patria, á la humanidad. Agranda tu personalidad por el amor; en vez de encontrarte con todas tus esperanzas y todas tus preocupaciones de dicha, llévalas lo más lejos que puedas sobre las cabezas de los demás, á fin de cambiarlas y verlas realizadas en un sitio, si fracasan en otro. Estás asustado por la brevedad de la vida, pues date un porvenir ilimitado, hundiéndola en la posteridad. Mira como ganado para ti cada goce que proporcionas á otro,

y como evitado para ti mismo el sufrimiento que evites á tu prójimo.

Proponte, por fin íntimo, tu propia mejora y por fin exterior la mejora de aquellos sobre quienes puedas obrar. Caerás en errores, cometerás faltas; pues ellas te serán menos amargas si puedes dicirte que has sido siempre un hombre de buena voluntad. Lucharás, experimentarás sufrimientos; haz todo lo posible por evitarlos y resígnate á cumplirlos cuando vengan. Toma la vida como es, con sus alternativas de dolor y de placer, y si en medio de sus peligros y de sus incertidumbres cae desde lo alto una gota de miel en tu boca, saboréala sin temor, y bendice á las abejas que han depositado allí esa gota divina, que puede hacerte olvidar, por un momento, todos los peligros y las angustias. La condición humana es inestable y limitada; piensa siempre en lo que puede contener ahora de infinito: el conocimiento y el amor. ¿Por qué vas á quejarte de estar sometido á las leyes que rigen el universo entero y que sufren todos tus semejantes? Tú, no eres sino una parte de la naturaleza: tú encontrarás la paz poniendo tu corazón en armonía con ella. Piensa, cuán á pesar de todo, tienes el privilegio de ser hombre, de gozar, aunque no sea más que un momento, de los beneficios de la vida humana, de poder comprender y de poder amar. En vez de gemir anútilmente por tu destino, saca el mejor partido que puedas de él y procura que sea beneficioso para tus hermanos. Abraza lo eterno por la inteligencia y acércate á los hombres por la simpatía. *Ama á Dios y á tu prójimo.*»

Esta filosofía es la que practica ó puede practicar—porque nuestras aspiraciones están siempre por encima de nuestros actos—la parte más consciente y más verdaderamente «civilizada» de la humanidad. Por debajo de ella, más baja, y por tanto difícil de realizar, hay una sabiduría desnuda de ideal, formada de experiencias y precaución, que enseña para sufrir menos á refrenar las ambiciones demasiado grandes, á rechazar las quimeras, á desentenderse de los disgustos inútiles y á regirse por una desconfianza constante de sí mismo y de los demás. Es curioso encontrarla también en nuestra novela, en una de las expresiones más ingeniosas y más agradables. No creo que la parábola de que se trata tenga una originalidad propiamente buddhista, pero es seguramente hinda. El autor de la adaptación cristiana de la leyenda de Sakya Muni vivió en un medio impregnado de literatura hinda; y puso esta historia que coloca en boca del asceta Barlaam, sin llegar desde luego á encajarla con el resto de su doctrina. La reproduzco aquí primeramente porque es muy linda, y luego porque ha tenido fuera del mismo libro en que se insertó un éxito inmenso, tanto en Occidente como en Oriente. El arzobispo de Ruan, Eudes Rigand, la empleó para consolar á San Luis de la muerte de su hijo, y ha venido á ser, tras una serie de transformaciones singulares,

la base de uno de los más encantadores poemas de nuestra Edad Media, *El lego del pajarito* (1).

«Un hombre cogió un día un pajarito, cuyo canto delicioso le sedujo.—¿Qué harás de mí?—le dijo el pájaro. Yo no cantaré en la jaula y soy muy pequeñito para que me comas. Dame la libertad y yo te daré tres consejos que te serán valiosísimos.—Dímelos—dijo el hombre, y te soltaré.—He aquí el primero: *No trates de coger lo que no puedes conseguir*. He aquí el segundo: *No te lamentes de lo que no puedes recobrar*. He aquí el tercero: *No creas lo que no puede creerse*. El hombre le dijo, murmurando, que tales consejos no le enseñanban nada que ya no supiese. —También—dijo el pájaro—tú te has equivocado en dejarme, pues tengo en el estómago una perla preciosa del tamaño de un huevo, que te habría enriquecido para siempre. El hombre, furioso, trató de coger nuevamente al pájaro por todos los medios posibles, pero éste lo evitaba fácilmente, y viéndole cansado le dijo:—Ya ves que tenías necesidad de mi primer consejo. No puedes cogerme: no trates de apoderarte de mí. El hombre se sentó al pie del árbol donde estaba el pájaro, y se puso á llorar y tirarse del cabello en medio de su desesperación. Ya ves que mi segundo consejo no era inútil—dijo el pájaro—no te atormentes vanamente por lo que no puedes recuperar. En cuanto al tercero, si tú lo hubieras comprendido, no te habrías proporcionado tanto trabajo y tanto disgusto. ¿Cómo es posible que yo tenga en mi cuerpo una perla tan grande como un huevo, cuando yo mismo soy mucho más pequeño? Y después de hablar así, voló dejando al hombre confundido.»

Ve uno que los hindos, hace muchos siglos, examinaron todos los puntos de vista del problema del destino, y propusieron soluciones diversas. La más radical es la que atrevidamente abrazó el Buddha, y que consiste, en realidad, en sustraerse á ese destino, en rechazar los dolores como las alegrías para evitar los peligros y los sufrimientos. Esa jamás ha sido la verdadera solución del cristianismo, ni tampoco hubiera sido la del pensamiento moderno. El cristiano desconocido que, hace trescientos años trasladó en pehleví la leyenda de Sakya Muni, adaptándola á su fe, concebía el cristianismo desde un punto de vista estrecho é infecundo, y los que hoy creen encontrar en el buddhismo la respuesta más completa á nuestras dudas y el asilo más seguro de nuestras almas, no representan sino una fase pasajera y enfermiza de nuestra evolución intelectual y moral. No se puede desconocer la belleza triste de la concepción bud-

(1) He publicado este poema, acompañado de un estudio sobre las diversas formas del relato en un folleto, de muy pocos ejemplares, con motivo del matrimonio de Depret-Bixio, 1881, y no se ha puesto á la venta. A las indicaciones que hago en el prefacio, hay que añadir las dadas por Mr. Kuhn (pág. 75 de la obra citada). Yo doy el cuento según la comparación de todas las versiones, tal como debió ser en el original sanscrito, no hallado todavía.

dhista, nacida del profundo sentimiento del dolor humano, y sobre todo, del terror de los renacimientos futuros, pero como ella está fundada sobre el único cuidado del individuo, como ella no deja lugar á Dios ni al prójimo, ni á la ciencia desinteresada, ni á la acción, ni al amor, es estéril y no puede luchar contra las doctrinas de actividad, de abnegación y de trabajo. La civilización europea bebe en otras fuentes sus maravillosas inspiraciones; en cuanto á la Iglesia, ella tiene muchísimos grandes santos, verdaderos representantes del espíritu evangélico, héroes del amor de Dios, mártires del amor del prójimo, para borrar sin pena de sus listas hagiográficas el extraño y terrible intruso que se ha deslizado bajo el nombre de San Joasaf.

Gastón PARÍS

ANNIE BESANT EN ITALIA

Un distinguido miembro de la Rama de Barcelona de la Socie- Teosófica, D. José Fernández Pintado, ha tenido el gusto de ir á Génova expresamente para ver y saludar á nuestro distinguido Presidente, según se nos dice.

Las impresiones que ha traído son una prueba más del alto valor que reconocemos á Mad. Besant, la cual se ha manifestado en Italia, como en todas partes, elocuente oradora y filósofo profundo, cualidades reconocidas por propios y extraños.

Véase lo que dice de ella la prensa italiana:

IL LAVORO

Conferencia Teosófica en la Universidad Popular. — En la sala de la Universidad Popular, la Sra. Annie Besant, ante un selecto auditorio, dió ayer noche una conferencia sobre las bases fundamentales de la Teosofía y sobre sus aspectos moral y filosófico.

Dios se halla en nosotros como en el universo entero; el alma, el pensamiento del hombre, no son más que la más alta y determinada expresión del pensamiento divino, alma del universo.

Cuanto más el hombre se eleva en la concepción, en el magisterio de la vida, de la inteligencia y de la virtud, se acerca siempre más, y se identifica con el pensamiento divino.

Tal es —si lo hemos comprendido bien— el fondo verdaderamente panteísta de la doctrina Teosófica, cuya obra, de algunos años á esta parte, debido á sus fervientes adeptos ingleses, viene haciendo prosélitos en nuestro país.

Su fundamento moral es la virtud, el ejemplo de la virtud, la fraternidad y el amor hacia todos los hombres.

El amor y la fraternidad deben ser la base de todo porvenir, de todo mejoramiento social; solamente por este medio podrán resolverse los grandes problemas de la política y de la felicidad entre los hombres. La Sra. Besant pudo haber añadido—para definir el pensamiento íntimo de la doctrina—que Dios se manifiesta de continuo, y que el perfeccionamiento del hombre y de la sociedad no son en su sentido más profundo otra cosa que una siempre más alta, clara y concreta expresión de la fuerza, potencia y bondad infinitas.

Esta doctrina, aunque no parece nueva, á lo menos en sus líneas generales, no pretendemos haberla comprendido del todo por las palabras de la distinguida conferenciante, por lo cual, aquellos que deseen penetrar de un modo más profundo en sus arcanos, les aconsejamos que lean algunos de los muchos libros que Inglaterra, con su *snobismo,* difunde á manos llenas para aquellos que tienen poca *fé* en la ciencia y en la filosofía modernas, y buscan en una concepción panteísta una fácil explicación á lo desconocido y una religión y una fe nuevas para las almas turbadas por la duda y el materialismo científico.

CAFFARO-GENOVA

El mensaje de la Teosofía al mundo moderno. — El título de la conferencia y el nombre de la oradora, la Sra. Annie Besant, Presidenta de la Sociedad Teosófica, Sociedad que tiene también sus adeptos en Génova, atrajeron ayer noche en el aula de la Universidad Popular, galantemente concedida para el objeto, un público muy numeroso, compuesto de muchos caballeros, señoras, profesores y doctores.

Al aparecer la conferenciante, Sra. Annie Besant, fué saludada con aplausos, y fué éste un saludo muy merecido, porque se manifestó luego expositora fecunda y elocuente de las teorías que profesa, teorías que tienen por base el conocimiento de Dios manifestado en la Naturaleza y la elevación de la mente hasta la compenetración con la divinidad.

Esta teoría filosófica difiere del puro espiritualismo en que, según ésta, el hombre es un espíritu descendido del reino divino al de la naturaleza y tiende á alcanzar de nuevo su primer estado. Tal doctrina tiene sus periódicos que aparecen regularmente en Leipzig, en Londres, en New-York y en Madras.

En su conferencia, pronunciada en lengua francesa, la Sra. Besant predicó todas las ventajas de la Teosofía, la cual no quiere restricciones ni violencias, sino amor y fraternidad. Y en su discurso ha-

bló de múltiples aspectos: del jerárquico, del metafísico, del científico, durante el cual pronunció un vivo anatema contra la vivisección, que calificó de brutal, de innoble y de causa de la degeneración de la humanidad.

Para la Sra. Besant, ó sea según las enseñanzas de la Teosofía, no debemos hablar de nuestros derechos, pues esto conduce á la lucha, sino de nuestros deberes, lo cual conduce á la fraternidad. Mazzini, el gran genovés, fué de hecho —dijo la conferenciante - un teósofo. ¿Y Manzoni?

Tuvo momentos líricos, inspirados, cuando, refiriéndose á aquel algo ultracorpóreo que existe en nosotros, á la clarividencia, citó como ejemplo la visión de la naturaleza que han tenido los artistas de genio. Rafael pintando á la virgen y al niño Jesús, veía ciertamente ante sus ojos una madre, esto es, una mujer y un niño.

Pero el pintor, inspirado por la divina centella del genio, representó de un modo potente, sugestivo, la maternidad y la infancia. Ante un cuadro de Rafael, todos vemos la alegoría de la santidad maternal, la gracia, la belleza de la inocencia, que brotan del niño en conjunto.

La fraternidad entre todos los séres, el amor recíproco, tal es la meta por la cual la Teosofía quiere vivificar á la humanidad, meta de resurrección.

La oradora finalizó haciendo votos para que la Italia siga esta doctrina.

La Sra. Besant, que es una figura muy caracterizada, de espesa cabellera blanca como la nieve, fué saludada con calurosísimos aplausos, y cumplimentada por muchos de los profesores allí presentes.

IL GIORNALE D'ITALIA

Annie Besant en Roma.—Ayer noche, en el local de la Sociedad Teosófica, la Sra. Annie Besant, Presidenta de todas las Sociedades Teosóficas del mundo, dió su esperada conferencia, cuyo tema fué: «La importancia de la Teosofía para la ciencia moderna».

El gran local, que había sido espléndidamente adornado de flores para tal circunstancia, se hallaba repleto de un selecto público. Recuerdo entre los presentes al senador profesor Luciani, á los doctores Colazza, Careaga, Ruini, Mazzerelli, Dal Fabro, Levi, Montechiari, al general Bellatore, á los señores Kirbi, Polla, Machean, profesor Hoffmann, aw Siliotti, aw Arbib, cav. Calvari, conde Calzone, profesor Vailatti, profesor Herrari, comandante Ronce, la princesa D'Antuni, la contessa Brenda, la signora Cottran, la contessa Galli, la signora Veccini, la Sra. Zebedeff, la Sra. Moskwitinoff, la Sra Stvirak, la Sra. Bartlett, la Sra. Gebita Bailland, la Sra. Calvari, la Sra. Be-

llatore, el profesor Mariani, el profesor Cciapesetti, el abogado Guarnieri-Ventimiglia, la Sra. Michella, la Sra. Galassi, l'aw G. B. Penne, el profesor Carruccio, el profesor Romagnoli, el profesor Pirotta, el pintor Klughiot, el escultor Ezechiel, el cav. Gelanze, el profesor Troilo y la signora Lemaire.

Pero, lo repito, recuerdo y menciono estos personajes al azar. ¿Quién hubiera podido distinguir á todos en aquella muchedumbre?

* * *

Cuando Annie Besant apareció en la sala hubo un vivísimo movimiento de curiosidad. La célebre é ilustre conferenciante es una mujer alta y bella, de aspecto correcto, cabello blanco, corto y espeso, de líneas marcadas y expresivas, de mirada dulce y viva al mismo tiempo.

Después de breves y bellas palabras de saludo que el general Bellatore, Presidente del grupo de Roma, dirigió á la Sra. Besant, ésta tomó la palabra con voz firme y clara.

Después de haber manifestado en primer lugar que la verdadera ciencia y la verdadera religión no tienen nada de antagónicas, la señora Besant recordó que los odios entre la religión y la ciencia fueron desconocidos del mundo antiguo, y representan solamente el resultado de rencores recíprocos, debidos á la preponderancia que ha pretendido ejercer la una sobre la otra respectivamente desde tres siglos á esta parte.

La ilustre oradora dijo que la ciencia moderna se gloría del hipnotismo, pero recordó que en la India son muchos los que han sido iniciados en las ciencias ocultas y en los antiguos misterios, y que son capaces de hipnotizar y sugestionar, no á un individuo, sino á una multitud; citó al efecto algunos maravillosos ejemplos de este hipnotismo colectivo, que ningún científico europeo sería capaz, no diré de reproducir, sino que ni tan sólo de explicar.

Siguiendo su magnífica conferencia, la Sra. Besant quiso exponer la doctrina teosófica, comparándola á las distintas densidades de la materia, cuyas vibraciones responden á los diversos estados de conciencia, demostrando que, aceptando como hipótesis esta doctrina, la ciencia experimental puede explicarse cierta clase de fenómenos como la clarividencia, la sugestión y otros, que de otro modo, y á pesar del lujo exuberante de su terminología, permanecen incomprensibles. La Sra. Besant dijo que en América, y especialmente en los Estados occidentales, sea debido á las influencias atmosféricas ó climatológicas, se desarrollan facultades hasta el punto de manifestarse en muchos percepciones que son imposibles de alcanzar á otras personas, á no ser que sean anormales, por lo cual—siguió la Sra. Besant—precisa reformar la teoría que considera al genio como un desequilibrio cere-

bral, siendo así que lo que puede parecer un desequilibrio es tan sólo un estado del sistema nervioso, que percibe sensaciones especiales, las cuales los demás órganos, por una evolución deficiente, son incapaces de percibir. La Sra. Besant concluyó afirmando que el hombre puede, merced á un método especial de adaptación y de orden, acelerar la propia evolución hacia una más alta perfectibilidad.

El público, que había escuchado la sugestiva conferencia con religiosa atención, al fin tributó á la ilustre señora vivísimos aplausos.

* * *

EL HOMBRE

POR «el hombre» quiero significar el individuo continuo que pasa de una vida á otra; que viene á los cuerpos y los vuelve á dejar una y otra vez; que se desarrolla lentamente en el curso de las edades; que crece por la acumulación y asimilación de la experiencia, y que existe en el plano superior manásico ó devachánico. Este hombre es el que va á ser objeto de nuestro estudio, en sus funciones, en los tres planos físico, astral y mental.

El hombre principia sus experiencias desarrollando la conciencia de sí mismo en el plano físico, en el cual aparece lo que llamamos la «conciencia en el estado de vigilia», conciencia con la cual todos estamos familiarizados, que obra por medio del cerebro y del sistema nervioso, y por cuyo medio razonamos del modo ordinario, llevando adelante todos los procesos lógicos, por los cuales recordamos los sucesos pasados de la encarnación presente y ejercitamos la razón en los asuntos de la vida. Todo lo que reconocemos como nuestras facultades mentales es el resultado de la obra del hombre en períodos anteriores de su peregrinación, y su conciencia aquí es más y más vívida, más y más activa á medida que el individuo se desarrolla y el hombre progresa vida tras vida.

Si estudiamos á un hombre muy poco desarrollado, vemos que la actividad mental consciente es pobre en calidad y limitada en cantidad; obra en el cuerpo físico por medio del cerebro grosero y del etéreo; hay acción constante en lo que se refiere al sistema nervioso visible é invisible; pero esta acción es de clase muy tosca, pues en ella hay muy poco criterio y muy poca delicadeza de tacto mental; existe alguna actividad mental, pero es de una especie, por decirlo así, muy infantil. Ocúpase en cosas insignificantes; se divierte con ocurrencias muy triviales; las cosas que llaman su atención carecen de toda importancia; se interesa en los objetos pasajeros; le gusta asomarse á una ventana y mirar á una calle concurrida, reparando en la gente y en los vehículos que pasan, haciendo observacio-

nes sobre ellos, y divertiéndose mucho si una persona bien vestida tropieza y cae en el lodo, ó si un coche que pasa lo llena de barro. No tiene en sí mismo mucho para ocupar su atención, y, por tanto, siempre está saliéndose fuera á fin de sentir que está vivo; es una de las cualidades características principales de este grado inferior de evolución mental que el hombre que obra con los cuerpos físico y etéreo, y los emplea como únicos vehículos de conciencia, siempre está percibiendo sensaciones violentas; necesita asegurarse de que siente y aprender á distinguir las cosas, recibiendo de ellas sensaciones fuertes y vívidas; es un estado de progreso necesario, aun cuando elemental, y sin esto siempre se estaría confundiendo entre el procedimiento dentro de su vehículo y fuera de él; tiene que aprender el alfabeto del yo y del no yo, distinguiendo entre los objetos que le causan impresión y las sensaciones originadas por estas impresiones, entre el estímulo y la sensación. Los tipos inferiores de este estado se ven en las esquinas de las calles, recostados perezosamente contra una pared, haciendo alguna que otra vez observaciones repentinas, y riéndose á carcajadas de un modo vacío de sentido. Cualquiera que pueda observar entonces sus cerebros, vería que reciben impresiones borrosas de objetos pasajeros, y que los lazos entre estas impresiones y otras parecidas son muy ligeros; las impresiones se parecen más á un montón informe de piedras que á un mosaico bien coordinado.

Al estudiar el modo cómo el cerebro físico y el etéreo se convierten en vehículos de conciencia, tenemos que retroceder al desarrollo primitivo del Ahamkâra ó Yo embrionario, estado que puede verse en los animales inferiores que nos rodean. Las vibraciones causadas por la impresión de los objetos externos se ponen en acción en el cerebro, se transmiten por éste al cuerpo astral, y se sienten por la conciencia como sensaciones antes de que haya lazo alguno entre estas sensaciones y los objetos que las ocasionan, lazos que constituyen una acción mental definida, una percepción. Cuando la percepción principia, es que la conciencia usa el cerebro físico y el etéreo como sus vehículos, por cuyo medio reúne á sabiendas conocimientos del mundo externo. Este estado hace tiempo que pasó, por supuesto, para nuestra humanidad; pero su repetición pasajera puede observarse cuando la conciencia toma un nuevo cerebro al reencarnarse; el niño principia á «fijarse»—como dicen las nodrizas—, esto es, á relacionar una sensación que se despierta en su conciencia, con una sensación causada en su nueva envoltura ó vehículo, por un objeto externo, «reparando» de este modo en el objeto, percibiéndolo.

Después de algún tiempo, no es ya necesaria la percepción de un objeto para que el aspecto del mismo esté presente en la conciencia, sino que puede recordarse la apariencia de un objeto

que no está en contacto con los sentidos; tal percepción por la memoria es una idea, un concepto, una imagen mental, y éstas constituyen el acopio que la conciencia reúne del mundo externo, con el cual princia á obrar, siendo el primer grado de esta actividad el arreglo de las ideas, como preliminar del «raciocinio» sobre las mismas. El raciocinio principia comparando unas ideas con otras, é infiriendo luego relaciones entre ellas cuando ocurren simultánea ó sucesivamente dos ó más, una y otra vez. En este proceso la mente se retira dentro de sí misma, llevando consigo las ideas que ha concebido por las percepciones, añadiendo á ellas algo suyo propio, así como cuando saca alguna consecuencia y relaciona una cosa con otra, como causa y efecto. Principia á deducir conclusiones, aun hasta llegar á predecir sucesos futuros, cuando ha establecido una serie de consecuencias; de modo que cuando aparece la percepción considerada como «causa», se espera que siga la percepción considerada como «efecto». Por otra parte, observa, al comparar sus ideas, que muchas de ellas tienen uno ó más elementos en común, mientras que los demás contituyentes de las mismas son diferentes, y procede á separar estas cualidades características comunes de las demás, y á ponerlas juntas como propiedades de una clase, y luego agrupa los objetos que poseen á éstas, y así que ve un nuevo objeto que también las tiene, lo coloca en esta clase; de este modo ordena gradualmente en un cosmos el caos de percepciones con que principió su carrera mental, é infiere la ley de la sucesión ordenada de los fenómenos y de los tipos que ve en la Naturaleza. Todo esto es la obra de la conciencia por medio del cerebro físico; pero aun en este trabajo encontramos la huella de lo que el cerebro no suple: éste sólo recibe vibraciones; la conciencia que obra en el cuerpo astral cambia las vibraciones en sensaciones, y en el cuerpo mental cambia las sensaciones en percepciones, y luego lleva á efecto todo el proceso que, como se ha dicho, transforma el caos en cosmos. Además, la conciencia, al obrar así, es iluminada desde arriba por ideas que no han sido formadas de materiales suministrados por el mundo físico, sino que son reflejadas directamente en ella por la Mente Universal. Las grandes «leyes del pensamiento» regulan todo pensar, y el acto mismo de pensar revela su preexistencia, pues es producida por ellas y bajo ellas, y es imposible sin ellas.

Casi no es necesario observar que todos estos primeros esfuerzos de la conciencia para trabajar en el vehículo físico, están sujetos á mucho error, tanto á causa de percepciones imperfectas, como por deducciones erróneas. Las deducciones precipitadas, las generalizaciones de una experiencia limitada, vician muchas de las conclusiones que se deducen, y por esto se formulan las reglas de la lógica, para disciplinar la facultad pensante, de modo que pueda evitar los errores en que constante-

mente cae cuando no está ejercitada. Esto no obstante, la tentativa de razonar, por más imperfecta que sea, entre una cosa y otra, es clara señal de desarrollo en el hombre mismo, pues demuestra que añade algo suyo á la información adquirida de afuera. Este trabajo sobre los materiales reunidos produce un efecto sobre el mismo vehículo físico; cuando la mente enlaza dos percepciones, como quiera que causa vibraciones correspondientes en el cerebro, produce un lazo entre la serie de vibraciones que la percepción despierta; pues cuando el cuerpo mental se pone en actividad, actúa en el cuerpo astral, y éste, á su vez, en el cuerpo etéreo y en el denso, y la materia nerviosa de este último vibra bajo los impulsos que se le imprimen; esta acción se muestra como descargas eléctricas, y las corrientes magnéticas funcionan entre las moléculas y grupos de moléculas produciendo relaciones intrincadas. Estas trazan lo que pudiéramos llamar una senda nerviosa, senda por la cual pasará otra corriente más fácilmente de lo que pudiera pasar de través, por decirlo así; y si un grupo de moléculas relacionadas con una vibración se pone de nuevo en actividad por la conciencia, repitiendo la idea impresa en ellas, entonces la perturbación allí ocasionada discurre fácilmente por la senda formada entre él y otro grupo por un enlace anterior, poniendo á este otro grupo en actividad, y enviando á la mente una vibración, la cual, después de las transformaciones regulares, se presenta como una idea asociada. De aquí la gran importancia de la asociación, pues esta acción del cerebro es algunas veces excesivamente perturbadora, como cuando alguna idea disparatada ó ridícula se enlaza con otra muy seria ó sagrada. La conciencia evoca la idea sagrada para detenerse en ella, y repentinamente y sin quererlo, la faz grotesca de la idea perturbadora, despertada por la acción mecánica del cerebro, se introduce por la puerta del santuario y la profana. Los hombres prudentes cuidan de la asociación y se fijan en cómo hablan de las cosas más sagradas, á fin de evitar que alguna persona necia é ignorante enlace lo santo con lo ridículo ó lo grosero, enlace que muy probablemente se repetiría en la conciencia. Util es el precepto del gran Maestro judío: «No déis lo santo á los perros, ni echéis margaritas á puercos.»

Otra señal de progreso es cuando el hombre principia á regular su conducta por conclusiones á que por sí mismo ha llegado en lugar de seguir los impulsos que recibe de afuera; pues entonces actúa con arreglo á su acopio de experiencias, recordando sucesos pasados, comparando los resultados obtenidos por diferentes líneas de conducta, y en su vista, decidiendo la que adopta para el presente. Entonces principia á predecir, á prever, á juzgar el porvenir por el pasado, á razonar de antemano recordando lo que ha sucedido antes, y cuando hace esto, es que ya existe en él un desarrollo bien claro como *hombre*.

Puede estar aún limitado á funcionar en su cerebro físico; puede que fuera del mismo sea todavía inactivo, pero esto no obstante, es una conciencia que se desarrolla y que principia á comportarse como individual, que escoge su propio camino en lugar de vagar impulsada por las circunstancias, ó de seguir la línea de conducta que de afuera le imprimen. El desarrollo del hombre se muestra de este modo definido, desenvolviendo más y más lo que se llama carácter, y más y más fuerza de voluntad.

Las personas de voluntad poderosa y los débiles se distinguen por su diferencia en este sentido: el hombre débil es impulsado por influencias externas, atracciones y repulsiones, al paso que el fuerte sigue impulsos internos propios, y se hace siempre dueño de las circunstancias, poniendo en juego fuerzas apropiadas y guiándose para ello por su acopio de experiencias acumuladas. Este acopio que el hombre ha reunido y acumulado durante muchas vidas, se hace más y más eficaz á medida que se educa y refina el cerebro físico, y se hace, por tanto, más receptivo: el acopio existe en el hombre, pero éste no puede emplear sino aquella parte que puede imprimir en la conciencia física. El hombre mismo tiene la memoria y razona; el hombre mismo juzga, escoge y decide, pero tiene que hacerlo todo por medio de su cerebros físico y etéreo; tiene que obrar y trabajar con su cuerpo físico, con su mecanismo nervioso y el organismo etéreo relacionado con éste. A medida que el cerebro se hace más impresionable, á medida que él mejora los materiales del mismo y lo domina mejor, puede expresar su naturaleza propia cada vez con mayor perfección.

¿Cómo debemos nosotros, los hombres vivos, educar nuestros vehículos de conciencia á fin de que sirvan mejor de instrumento? Ahora no estamos estudiando el desarrollo físico del vehículo, sino su educación por la conciencia que lo usa como un instrumento del pensamiento: el hombre que ha dirigido su atención á mejorar físicamente su vehículo, debe decidirse á educarlo de modo que responda pronta y consecutivamente á los impulsos que le transmite; y para obtener este resultado tiene que principiar por pensar él mismo consecutivamente, y enviando así al cerebro impulsos relacionados, lo acostumbrará á trabajar ordenadamente por medio de grupos de moléculas enlazados, en lugar de emplear vibraciones accidentales sin conexión. El hombre es el que inicia y el cerebro sólo imita; y una costumbre de pensar descuidada y vaga, hace contraer al cerebro la costumbre de formar grupos vibratorios inconexos. La educación tiene dos gradaciones: el hombre, al determinarse á pensar consecutivamente, ejercita su cuerpo mental en el enlace de los pensamientos, en lugar de detenerse aquí y allí de un modo casual; y luego, pensando de esta forma, educa el cerebro que vibra en contestación á su pensamiento.

De este modo, el organismo físico, esto es, el organismo ner-

vioso y el etéreo adquieren el hábito de obrar de una manera sistemática; y cuando su dueño los necesita, responden fácil y ordenadamente, hallándose prontos á sus órdenes. Entre un vehículo de conciencia así ejercitado y uno sin educación alguna, hay la diferencia que entre las herramientas de un obrero descuidado, que las deja sucias y embotadas, impropias para el uso, y las del hombre que las atiende, las aguza y limpia; de modo que cuando las necesita, las halla prontas y las puede usar para la obra que desea llevar á cabo, y así debe estar el vehículo físico, pronto siempre á responder á las necesidades de la mente.

El resultado de una obra así constante sobre el cuerpo físico, no se limitará en modo alguno á la capacidad progresiva del cerebro; pues cada impulso que se envía al cuerpo físico, tiene que pasar por el vehículo astral y produce su efecto allí también; y según hemos visto, la materia astral responde mucho más fácilmente que la física á las vibraciones del pensamiento, siendo, por tanto, el efecto que produce en el cuerpo astral semejante método de acción como el que hemos descripto proporcionalmente mayor. Bajo su impulso, el cuerpo astral adquiere contornos más definidos y una condición bien organizada, coma ya se ha dicho; cuando el hombre ha llegado á dominar el cerebro, cuando ha aprendido á concentrarse, cuando puede pensar como quiere y cuando quiere, tiene lugar un desarrollo correspondiente en lo que—si está físicamente consciente de ello—considerará como su vida de ensueños: sus sueños se harán vívidos, muy sostenidos, racionales y hasta instructivos; y es que el hombre principia á funcionar en el segundo de sus vehículos de conciencia, ó sea en el cuerpo astral; es que entra en la segunda gran región ó plano de conciencia, y actúa allí en el vehículo astral aparte del físico. Consideremos por un momento la diferencia entre dos hombres, ambos «completamente despiertos», uno de los cuales usa inconscientemente el cuerpo astral como un puente entre la mente y el cerebro, y el otro lo emplea conscientemente como un vehículo. El primero ve del modo ordinario limitadísimo porque su cuerpo astral no es aún un vehículo de conciencia efectivo; el segundo usa la visión astral, y no se halla ya limitado por la materia física: ve á través de todos los cuerpos físicos, ve por detrás, así como de frente: las paredes y otras substancias «opacas» son para él tan transparentes como el cristal; ve las formas astrales y también los colores, las auras, los elementales y demás. Si va á un concierto, ve combinaciones gloriosas de colores, á medida que la música se eleva; si asiste á una conferencia, ve los pensamientos del orador en colores y formas, y adquiere así una comprensión mucho más completa de sus pensamientos que cualquiera otro que solamente percibe las palabras habladas; pues los pensamientos que se expresan en símbolos, como palabras, se manifiestan como formas colorea-

das y musicales, y revestidas de materia astral, se imprimen en el cuerpo astral.

Cuando la conciencia está completamente despierta en aquel cuerpo, recibe y anota todas estas impresiones nuevas; y muchas personas, si se examinan á sí mismas atentamente, verán que en realidad toman del orador mucho más que lo que las meras palabras aportan, aun cuando no se hayan dado cuenta de ello cuando estaban escuchando. Muchos encontrarán en su memoria más de lo que el orador diga, como una especie de sugestión que continuase el pensamiento, como si hubiese algo alrededor de las palabras y las hiciese significar más de lo que expresaran con el mero sonido, y esta experiencia demostraría que el vehículo astral se está desarrollando; y á medida que el hombre se ocupa de su modo de pensar y usa inconscientemente el cuerpo astral, éste se perfecciona más y más en su organización.

La «inconciencia» durante el sueño es debida, ya á la falta de desarrollo del cuerpo astral, ya á la falta de relación entre éste y el cerebro físico. El hombre usa del cuerpo astral durante el estado de vigilia, enviando corrientes mentales al cerebro físico por medio del astral; pero cuando el cerebro físico, por el cual está el hombre acostumbrado á recibir las impresiones externas, no está en uso activo, es como David *en la armadura* que no había probado: no es tan susceptible á las impresiones que le vienen sólo por conducto del cuerpo astral, á cuyo uso independiente no está acostumbrado. Por otra parte, puede llegar á saber usarlo independientemente en el plano astral, y sin embargo, no tener conciencia de ello al volver al cuerpo físico—lo cual es otro grado en el lento progreso del hombre—, principiando así á emplearlo en su mundo, respectivo, antes de llegar á relacionar este mundo con el inferior. Finalmente llega á relacionarlos, y entonces pasa con toda conciencia de un vehículo á otro y se halla libre en el mundo astral; ha engrandecido el área de su conciencia en el estado de vigilia, incluyendo en ella el plano astral: de modo que actuando en el cuerpo físico, dispone á la vez por completo de los sentidos astrales, y puede decirse que vive al mismo tiempo en dos mundos, sin que entre uno y otro haya interrupción ni vacío alguno, y entonces su percepción del mundo físico es como la de un ciego de nacimiento que abriese los ojos á la luz.

En el grado siguiente de su evolución, el hombre principia á obrar conscientemente en el plano tercero ó mental; por largo tiempo ha estado obrando en este plano, enviando desde él todos los pensamientos que toman forma activa en el mundo astral y se manifiestan en el físico por medio del cerebro. Así que se hace consciente en el cuerpo mental, ó sea su vehículo mental, ve que cuando piensa crea formas, y se hace cargo de este acto creador, poder que hasta entonces había ejercido inconsciente-

mente. El lector podrá quizás recordar, que en una de las cartas citadas en el *Occult World* (Mundo Oculto), un Maestro dice que todos los hombres crean formas mentales, pero hace la distinción entre el hombre común y el Adepto. (Empleamos aquí la palabra Adepto en un sentido muy amplio, incluyendo Iniciados de varios grados muy por debajo de un «Maestro».)

En este estado del progreso, el hombre aumenta considerablemente sus aptitudes para hacer bien; pues cuando puede crear conscientemente una forma mental y dirigirla, forma llamada generalmente un elemental artificial, puede emplearla para obrar en sitios adonde entonces no le convenga ir en su cuerpo mental. De este modo puede obrar tanto desde lejos como de cerca, y aumentar su eficacia; domina á estas formas mentales á distancia, vigilándolas y dirigiéndolas en su obra, y las convierte en agentes de su voluntad. Cuando el cuerpo mental se desarrolla y el hombre vive y obra en él conscientemente, conoce la vida más amplia y grande que tiene en el plano mental; y mientras permanece en el cuerpo físico, al mismo tiempo que por su medio está consciente de cuanto le rodea en el plano del mismo, hállase completamente alerta y activo en el mundo superior, y no necesita dormir al cuerpo físico para gozar de las facultades devachánicas. Generalmente emplea el sentido devachánico, recibiendo por su conducto impresiones de todas clases del plano mental, de modo que percibe todo el trabajo mental de otros, lo mismo que percibe sus movimientos corporales.

Cuando el hombre ha alcanzado este estado de desarrollo, el cual es relativamente elevado con referencia al término medio de la humanidad, aunque inferior comparado con el que aspira obtener, funciona entonces conscientemente en su tercer vehículo ó cuerpo mental, se hace cargo de todo lo que hace en él, y experimenta los poderes así como las limitaciones del mismo. Necesariamente también aprende á distinguir entre el vehículo que usa y él mismo, y entonces siente el carácter ilusorio del «yo» personal, el «yo» del cuerpo mental, no el del hombre, y se identifica conscientemente con la individualidad que reside en aquel cuerpo superior, el causal, que mora en los subplanos más elevados, los del mundo arûpa. Ve que él, el hombre, puede desprenderse del cuerpo mental, puede dejarlo atrás y elevarse más, permaneciendo, sin embargo, el mismo; entonces conoce que las muchas vidas no son, en verdad, más que una, porque él, el hombre viviente, permanece el mismo en todas ellas.

Y ahora pasemos á ocuparnos de los eslabones que unen estos diferente cuerpos, los cuales existen en un principio sin que el hombre tenga conciencia de ello. Existen, porque de otro modo no podría pasar del plano de la mente al del cuerpo; pero él no tiene conciencia de su existencia y no están activamente

vivificados: son como lo que se llama en el cuerpo *físico* órganos rudimentarios. Todo conocedor de biología sabe que los órganos rudimentarios son de dos clases: una que presenta las huellas de los estados por los cuales ha pasado el cuerpo en la evolución, mientras que la otra indica las líneas del desarrollo futuro. Estos órganos existen, pero no funcionan, y su actividad en el cuerpo físico pertenece al pasado ó al porvenir: está muerta ó no ha nacido aún. Los eslabones que me aventuro á llamar por analogía órganos rudimentarios de la segunda clase, relacionan el cuerpo denso y el etéreo con el astral, á éste con el mental y al mental con el causal. Ellos existen, pero tienen que traerse á la actividad, esto es, tienen que ser desarrollados, y lo mismo que sus tipos físicos, sólo pueden serlo por el uso; la corriente de vida transcurre á través de ellos, como asimismo la corriente mental, y de este modo sostienen su vida y se alimentan; pero sólo son puestos gradualmente en actividad funcional cuando el hombre fija su atención en ellos y dedica su voluntad á su desarrollo. La acción de la voluntad principia á vivificar estos enlaces rudimentarios, y poco á poco, quizás muy lentamente, principian á funcionar, esto es, el hombre comienza á usarlos para el paso de su conciencia de uno á otro vehículo.

En el cuerpo físico hay centros nerviosos, pequeñas agrupaciones de células nerviosas, y tanto las impresiones externas como los impulsos del cerebro, pasan á través de estos centros. Si alguno de ellos se desarregla, prodúcese inmediatamente una alteración, y la conciencia física se perturba. En el cuerpo astral existen centros análogos, pero en el hombre no desarrollado son rudimentarios y no funcionan; son lazos de unión entre el cuerpo físico y el astral, entre el astral y el mental, y á medida que procede la evolución son vivificados por la voluntad, poniendo en libertad y guiando á la «serpiente de fuego», llamada Kundalinî en los libros indios. El período preparatorio para la acción directa que liberta á Kundalinî es la educación y purificación de los vehículos, pues si esto no se lleva á efecto por completo, el fuego resultaría una energía destructora en lugar de vivificante, y ésta es la razón por que he insistido tanto en la purificación, y la recomiendo como preliminar necesario para todo verdadero Yoga.

Cuando el hombre ha llegado á un estado en que puede recibir sin peligro ayuda para vivificar estos lazos de unión, esta ayuda le viene, como cosa natural, de aquellos que están siempre buscando las ocasiones de auxilar al aspirante sincero y desinteresado. Entonces, un día el hombre encuentra que puede salir del cuerpo físico; estando completamente despierto y sin interrupción alguna en su conciencia, se ve en libertad. Cuando verifica ésto unas cuantas veces, el paso de un vehículo á otro se hace familiar y fácil. Cuando el cuerpo astral deja al físico en el sueño, hay un breve período de inconciencia, y hasta el

hombre que funciona activamente en el plano astral no puede unir las dos conciencias al despertar, y con la misma inconciencia con que deja el cuerpo volverá probablemente á entrar en él; puede tener una conciencia vívida y completa en el plano astral y, sin embargo, estar representada aquélla en el cerebro físico por un olvido completo; pero cuando el hombre deja el cuerpo en estado de vigilia, habiendo puesto en actividad los lazos de unión entre los dos vehículos, entonces ha echado un puente sobre el abismo y para él éste ya no existe, pasando su conciencia velozmente de un plano á otro y reconociéndose el mismo hombre en ambos.

Mientras más se ejercite el cerebro físico para responder á las vibraciones del cuerpo mental, más se facilita el paso del abismo entre la noche y el día. El cerebro se hace cada vez más el instrumento obediente del hombre, transmitiendo sus actividades bajo el impulso de su voluntad, lo mismo que un caballo bien domado responde al movimiento más ligero de la mano y de la rodilla. El mundo astral está abierto para el que ha llegado á unir así los dos vehículos inferiores de conciencia y le pertenece con todas sus posibilidades, con todos sus más amplios poderes y mejores oportunidades para ser útil y prestar auxilio á los demás. Luego viene la alegría de poder ayudar á desgraciados que no tienen conciencia del agente por cuyo medio reciben el auxilio de derramar bálsamo en las heridas, que entonces parece que se curan por sí mismas; de levantar pesadas cargas, que parecen aligerarse milagrosamente de encima de los doloridos hombros por ellas abrumados.

Pero algo más que todo esto se necesita para enlazar una vida con otra; conservar la memoria sin interrupción día y noche, sólo significa que el cuerpo astral funciona perfectamente y que los lazos que lo unen al cuerpo físico se hallan en completa actividad; pero si el hombre quiere tender un puente de comunicación entre vida y vida, tiene que hacer mucho más que funcionar conscientemente en el cuerpo astral y más que actuar con completa conciencia en el cuerpo mental, pues éste se compone de materiales de los niveles inferiores del mundo manásico, y la reencarnación no parte de ellos. El cuerpo mental se desintegra á su debido tiempo, lo mismo que los vehículos astral y físico, y no puede, por tanto, transferir nada; la cuestión de que depende la memoria de las vidas pasadas es la siguiente: ¿Puede ó no el hombre funcionar en los planos superiores del mundo manásico en su cuerpo causal? El cuerpo causal es el que pasa de una vida á otra; en él se encierra todo, en él es donde todas las experiencias quedan, pues la conciencia es atraída al mismo, y el descenso á la reencarnación viene de su plano. Fijémonos en los estados de la vida fuera del mundo físico y veamos hasta dónde se extienden los dominios del Rey Muerte. El hombre se retira de la parte densa del cuerpo físico; éste se desprende, se

desintegra, y sus componentes son devueltos al mundo físico: nada queda de él que pueda conservar la memoria, se encuentra luego en la parte etérea del cuerpo físico; pero en el espacio de algunas horas se desprende de éste, el cual se disuelve en sus elementos y, por tanto, ninguna clase de memoria relacionada con el cerebro etéreo puede salvar el abismo. Pasa después al mundo astral, en el que permanece hasta que desecha el cuerpo astral, dejándolo tras sí, como lo verificó antes con el físico; el «cadáver astral» á su vez se desintegra, devuelve sus materiales al mundo astral, disolviéndose todo lo que puede servir de base á los lazos magnéticos precisos de la memoria. Prosigue su camino en el cuerpo mental y mora en los niveles rûpa del Devachán, en donde vive cientos de años, labrando facultades y gozando del fruto; pero á su debido tiempo retírase también del cuerpo mental, llevando consigo al cuerpo perdurable todo lo que ha reunido y asimilado. Deja tras sí el cuerpo mental, que se desintegra lo mismo que los otros vehículos más densos, pues la materia de que se compone, por más sutil que sea desde nuestro punto de vista, no lo es lo suficiente para pasar á los niveles superiores del mundo manásico, y tiene que ser desechado para que vuelva á los elementos de su propia región.

Durante todo su ascenso, el hombre desecha cuerpo tras cuerpo, y sólo al llegar á los niveles arûpa del mundo manásico es cuando puede decirse que ha traspasado las regiones en donde domina el cetro desintegrador de la Muerte, cuando sale finalmente de sus dominios y habita el cuerpo causal sobre el que aquélla no tiene poder alguno y en el cual el hombre encierra todo lo que ha reunido. De aquí el nombre mismo de cuerpo causal, porque todas las causas que tienen por efecto las encarnaciones futuras residen en él; por tanto, el hombre tiene que principiar á funcionar en plena conciencia en los niveles arûpa del mundo manásico en su cuerpo causal antes de que pueda llevar consigo la memoria á través del golfo de la Muerte.

Un alma sin desarrollo que entre en esta elevada región, no puede conservar en ella la memoria; penetra en ella llevando consigo todos los gérmenes de sus cualidades, tiene lugar un contacto, un relámpago de conciencia que abarca el pasado y el porvenir, y el Ego, deslumbrado, se hunde en la senda que conduce á la reencarnación. En su cuerpo causal lleva los gérmenes, y en cada plano que atraviesa exterioriza los que al mismo pertenecen, los cuales atraen la materia de este plano que les es completamente afín; así, en los niveles inferiores del mundo manásico, los gérmenes mentales atraen á su alrededor la materia de aquellos niveles para formar el nuevo cuerpo mental, y esta materia muestra las características mentales que le da el germen en ella encerrado, del mismo modo que la bellota se tranforma en una encina, reuniendo los materiales apropiados del suelo y de la atmósfera. La bellota no puede desarrollar un

abedul ni un cedro, sino sólo una encina; y de la misma manera el germen mental se desarrollará con arreglo á su propia naturaleza y no de otro modo: y he aquí cómo obra el Karma en la construcción de los vehículos y cómo el hombre cosecha con arreglo á la semilla que siembra. El germen que brota del cuerpo causal sólo puede crecer según su naturaleza, atrayendo á sí el grado de materia que le es propio y dando á esta materia su forma característica, de modo que produzca lo que corresponde á la cualidad que el hombre que se formó en el pasado.

Cuando llega al mundo mental brotan los gérmenes que á éste pertenecen y atraen alrededor de sí la materia astral y esencia elemental que les son propias; de este modo reaparecen los apetitos, emociones y pasiones que pertenecen al cuerpo de deseos ó cuerpo astral del hombre, reformado de este modo á su llegada al plano astral. Por tanto, para que la conciencia de las vidas anteriores se conserve á través de todos estos procesos y de todos estos mundos, tiene que existir en completa actividad, en el plano elevado de las causas, el plano del cuerpo causal; y si la gente no recuerda sus vidas pasadas, es porque aún no son conscientes en el cuerpo causal como vehículo, el cual no posee actividad funcional alguna propia. La esencia de su vida, su «Yo» real—del que todo procede—existe, pero no funciona aún activamente; no es todavía consciente por sí, aunque sí inconscientemente activo, y hasta que no sea por completo consciente por sí, la memoria no puede pasar de un plano á otro y, por tanto, de una vida á otra. A medida que el hombre avanza, brotan relámpagos que iluminan fragmentos del pasado; pero estos relámpagos tienen que cambiarse en una luz continua antes que se establezca la memoria consecutiva.

Podrá preguntarse si es posible contribuir á la ocurrencia de tales relámpagos, si es posible apresurar este crecimiento gradual de la actividad en los planos superiores: el hombre inferior puede trabajar á este fin, si tiene paciencia y valor; puede tratar de vivir más y más en el yo permanente, retirar más y más el pensamiento y la energía, según sea la intensidad de su deseo, de las trivialidades y cambios de la vida ordinaria. No quiere esto decir que el hombre se vuelva soñador, abstraído y errante, un miembro inútil del hogar y de la sociedad; antes al contrario, deberá cumplir con todos los deberes que el mundo le imponga y cumplirlos con la mayor perfección, propia de la grandeza del hombre que los ejecuta: no puede hacer esto grosera é imperfectamente como el hombre menos desarrollado pudiera verificarlo, pues para él el deber es el deber, y en tanto que alguien ó algo pueda exigir alguna cosa de él, debe pagar su deuda hasta el último céntimo; todos los deberes tienen que ser cumplidos tan perfectamente como sea posible hacerlo, con todas las facultades y toda la atención. Pero el interés del hombre no debe estar en estas cosas; sus pensamientos no deben es-

tar pendientes de los resultados, sino que en el instante mismo en que el deber se ha cumplido y se encuentra libre, su pensamiento debe volar á la vida permanente, deberá elevarse al plano superior con impulso enérgico hacia arriba y vivir allí dando su verdadero valor á las trivialidades de la vida del mundo. A medida que haga esto con firmeza y trate de ejercitarse en las cosas abstractas y elevadas, empezará á vivificar los lazos de unión superiores de la conciencia y á traer á esta vida inferior la conciencia, que es él mismo.

El hombre es siempre el mismo en cualquier plano que funcione, y su triunfo tiene lugar cuando puede obrar en todos los cinco planos con conciencia no interrumpida. Aquellos que llamamos los Maestros, los «Hombres perfeccionados», funcionan en estado de vigilia no sólo en los tres planos inferiores, sino también en el cuarto, el plano de unidad, llamado Turîya en el *Mandukyopanishad,* y en el que le sigue, el plano del Nirvana. En ellos se ha completado la evolución, el ciclo ha sido recorrido hasta su final, y lo que ellos son lo serán todos los que se hallan subiendo lentamente. Esta es la unificación de la conciencia; el vehículo permanece en estado de emplearse, pero ya no puede aprisionar, y el hombre usa cualquiera de sus cuerpos con arreglo á la obra que tiene que llevar á efecto.

De este modo se conquista la materia, el tiempo y el espacio, y sus barreras dejan de existir para el hombre unificado. Al subir ha encontrado que en cada grado hay menos y menos barreras; aun en el plano astral la separación de sus hermanos es menor que aquí abajo, es mucho menos efectiva. Se viaja tan velozmente en el cuerpo astral, que puede decirse que el espacio y el tiempo se han conquistado; pues aunque el hombre sabe que pasa á través del espacio, lo verifica tan rápidamente, que su poder de separar los séres queridos ya no existe; sólo esta primera conquista anula la distancia física. Cuando se eleva al mundo mental, encuentra que posee otro poder; piensa en un lugar, y se ve en él; piensa en un amigo, y éste se halla ante él; aun en el tercer plano de la conciencia transciende las barreras de la materia, del espacio y del tiempo, y se halla presente en cualquier lugar á voluntad; todas las cosas que se ven, se ven de golpe, en el momento en que la atención se fija en ellas; todo lo que se oye, se oye por una sola impresión; el espacio, la materia y el tiempo que se conocen en los mundos inferiores, desaparecen, y la sucesión ya no existe en el «eterno presente». Cuando se eleva aún más, las barreras de la conciencia también desaparecen y se siente unificada con las demás conciencias, con las demás cosas vivas; puede pensar como ellos piensan, sentir como ellos sienten, saber como ellos saben; puede hacer suyas, por un momento, sus limitaciones, para comprender exactamente cómo piensan, sin perder por eso su propia conciencia; puede emplear su mayor conocimiento para ayudar al pensamiento más estre-

cho y restringido, identificándose con él á fin de ensanchar sus límites; en resumen, cambia por completo sus funciones en la Naturaleza, desde el momento en que ya no está separado de los demás, identificándose con el Yo que es uno para todos, y enviando sus energías desde el plano de la unidad. Hasta respecto de los animales inferiores, puede sentir de qué modo existe el mundo para ellos; de suerte que puede prestarles exactamente la ayuda que necesitan, y darles el auxilio tras que andan tanteando ciegamente. Por tanto, su conquista no es para él, sino para todos, y si adquiere poderes más vastos, es sólo para ponerlos al servicio de todo lo que le es inferior en la escala de evolución, y de este modo hace suya la conciencia del mundo todo; pues para ello aprendió á sentir en sí mismo cada grito de dolor, cada palpitación de alegría ó de pena. Todo se ha alcanzado, todo se ha obtenido, y el maestro es el hombre «á quien nada le queda por aprender». Por esto queremos decir, no que todo conocimiento posible se halle presente en su conciencia en cualquier momento dado, sino que en cuanto se refiere á este grado de la evolución, nada hay velado para él, nada que no pueda penetrar por completo en el momento mismo en que fije su atención; dentro de este círculo de evolución no hay nada en todo lo que vive —y todas las cosas viven— que no pueda comprender, y por tanto, nada que no pueda auxiliar.

Este es el triunfo final del hombre. Todo lo que hemos descrito carecería de valor, sería trivial, si se obtuviese para el yo limitado que reconocemos como yo aquí abajo; todos los pasos, queridos lectores, hacia los cuales he tratado de induciros, no valdrían la pena de darlos, si hubieran de llevarlos finalmente á una meta aislada, aparte de todos los yos pecadores y que sufren, en lugar de conduciros al corazón de las cosas, donde ellas y vos no formáis más que uno. La conciencia del Maestro se extiende en todas las direcciones adonde la dirige, se asimila todo punto en que la fija, sabe todo lo que quiere saber, y todo esto con objeto de poder ayudar con toda perfección, sin que haya nada que no pueda ser objeto de su auxilio, nada que no pueda sentir, nada que no pueda prever, nada que no pueda esforzar y socorrer en su evolución; para él el mundo entero es un todo que evoluciona, y sus funciones en él son las de un auxiliar de la evolución; puede identificarse con todos los grados de la misma, y prestar en cada grado la ayuda requerida. Ayuda á los reinos elementales en su evolución descendente, y á la evolución de los minerales, vegetales, animales y hombres, y á cada uno en la forma que respectivamente necesita, y los ayuda como si todo fuera él mismo: pues la gloria de su vida es que todo es él mismo, y sin embargo, á todo puede auxiliar, en cuyo acto siente y conoce que aquello á que presta ayuda es él mismo.

El misterio de cómo puede suceder esto, se desenvuelve gradualmente á medida que el hombre se desarrolla, y que la con-

ciencia se ensancha para abarcar más y más, á la vez que se hace más vívida y más vital, sin perder el conocimiento de sí misma. Cuando el punto se ha convertido en la esfera, la esfera se ve á sí misma que es el punto; cada punto lo contiene todo, y sabe que es uno con todos los demás puntos; se ve que lo externo es sólo el reflejo de lo interno; la Realidad es la Vida Una, y la diferencia sólo una ilusión que se llega á dominar.

Annie BESANT

El valor de la oración.

Podría ilustrarse el valor de la oración con muchísimos ejemplos admirables. Yo no quiero hacerlo ahora sino con dos textos que estimo de excepcional valor. Las siguientes líneas de D. Florencio Pol, y la observación magnífica de Federico Nietzsche.

LA CONMEMORACIÓN DE LO ETERNO

Bendito sea el Alma Universal, llamada Dios, cuya omnisciencia y omnipotencia son transmitidas á todos los átomos simples y combinados, derivados de su incesante emanación eterna, como átomo supraespiritual, inmenso y absoluto sér, componente corporal y espiritual y necesariamente de aquéllos, por su derivación de los gérmenes en desarrollo gradual de todo lo infinito, los cuales, al término de la evolución de sus respectivos hijos en los reinos mineral, vegetal, animal, ominal y angélico, vuelven como séres cuya perfectividad ha determinado á asumir y formar un solo Yo con el de ese divino átomo que hemos denominado Alma Universal, siempre inmutable.

Bendito su representante el Sol que ilumina, sostiene y vivifica el respectivo sistema planetario, del que es centro y director; bendita la Luna que sigue y vela los movimientos é influye amorosa sobre el derrotero y destino de su hija la tierra; bendito este planeta con todos los séres en él contenidos, encaminados con los restantes del kosco en busca del aquél su remoto y glorioso fin; y bendito ¡oh tú! venerado Maestro Jesús, bajo cuya evocación enséñame el sublime ideal: que abarca la Eternidad, el pasado, el presente y el futuro; y que es todo ello el *Presente Eterno;* de ese modo, evolucionando al través de la Sabiduría y Capacidades experimentales del Mal y del Bien, para la posesión y el pleno ejercicio de la perfección absoluta y el Supremo goce de la Bienaventuranza sempiterna. Desde las luminosas cimas de la perfección humana, que sólo puede realizarse en moradas apropiadas á tales Estados, ascenderemos los séres todos, uno en pos de otro peldaño de la escala de los Dioses para fundirnos, después del peldaño final, todo lo emanado de Dios en Dios, al partir de cuyo origen dejamos en Él el lazo que ha de consolidar nuestra unión definitiva.

De modo, que siendo Dios lo absoluto, nada existe antes de Dios, ni puede existir cosa después de Dios; pero emanado ó aspirado es todo de Dios para volver á aspirarse y completarse en Dios

Es, pues, Dios, no sólo el Principio, sino que también el fin de todas las cosas. Porque siendo formadas todas las cosas de Dios, es Dios un necesario Principio, y restituyéndose y completándose necesariamente todas las cosas al término de su evolución con Dios, como proveniente de Dios, y unas antes y después de la perfección y su inevitable unión de atracción con Dios, también es, por consiguiente, Dios, su natural y exclusivo Fin. ¿No es esto lo único lógico y en consonancia y armonía con la Divina Razón Suprema?

Por eso dice el Catecismo de Astete: «Que es Dios el principio y fin de todas las cosas, conforme con el Eclesiástico, el Evangelio de San Juan y otros muchos textos de las Sagradas Escrituras de todos los Credos.»

El conocimiento y estricta observancia de las leyes de la Naturaleza, en las cuales está Dios representado, nos eleva sobre todos los errores y terrenal á las celestes regiones, previa la educación espiritual de nuestros ojos para ver la realidad; de nuestros oídos para la transmisión de la fe y de la verdad y de nuestra mente y de nuestro corazón, en fin, para conocer, sentir y practicar el Bien.

Has, Maestro Jesús, que mediante mi impetración de tus servicios, sean incesantes y cada vez mayores mis esfuerzos regenerativos, hasta que domine en el menor tiempo posible la inteligencia del Bien y del Mal, sin incurrir en éste, para librarme de las ligaduras de todo lo mundano; preparándome así á penetrar en las mansiones divinas; y que consagre este día y cuantos me restan de la presente existencia á seguir tus pasos, perfeccionando siempre más mis pensamientos, deseos y acciones. Así sea.

SÚPLICA AL MAESTRO JESÚS, DESPUÉS DE ACOSTARSE Y DURANTE LA VIGILIA DE LA NOCHE

¡Maestro Jesús! Mi alma al través del sueño va á entrar como las demás noches en las ocultas regiones del mundo astral y pasará acaso de allí al Devachan, donde se resuelven los más augustos misterios de la Vida Universal que la Naturaleza encierra, acarreándonos tu solución á las alturas que tú has escalado.

Te ruego, mi amado Maestro, influyas sobre mi cerebro para que al despertar recuerde; en ante mi alma haya podido percibir y le fuere conveniente de esas enseñanzas para práctica de la caridad y de la pureza por el conocimiento íntimo de la verdad.

¡Maestro querido! que la bendición del Padre nos provea de facultades y de virtudes con las cuales podamos dispensar á nuestros semejantes los beneficios de la infinita Misericordia. Amén.

Pero veamos lo que expresa el moderno filósofo Federico Nietzsche, quien aclara con admirable naturalidad el verdadero objeto benéfico de toda plegaria oral. Dice lo que sigue: «Valor de la oración. La oración fué inventada para aquellos hombres que jamás tuvieran pensamientos propios y que no conocen la elevación del espíritu. ¿Qué han de hacer éstos en los lugares santos y en las ocasiones solemnes de la vida que requieren tranquilidad y piden cierta dignidad? Para que al menos no estorbasen, la sabiduría de todos los fundadores de religiones pequeñas y grandes, recomendó la fórmula de la oración, un largo trabajo mecánico de los labios, junto con un esfuerzo de la memoria, y una posición uniforme prescripta á las manos, los pies y los ojos. Que rumien como los tibetanos su inacabable *On mane padome hum;* que cuenten por los dedos, como en Benares el nombre del dios Ram-Ram-Ram, que veneren á Vichnú con sus mil y á Alah con sus noventa y nueve nombres; que se ayuden de miles de oraciones ó de rosarios, lo esencial es que se estén quietos por algún tiempo y guarden compostura.

La manera de orar ha sido inventada en provecho de las personas piadosas capaces de alcanzar pensamientos y exaltaciones sacados de sí mismo. Y éstas también tienen sus horas de fatiga en que les hacen bien una serie de palabras y sonidos venerables y una pía mecánica. Pero admitiendo que estos hombres raros (en todas las religiones el hombre religioso es la excepción), sepan ayudarse á sí mismos, los pobres de espíritu nada adelantan con eso; quitarles sus oraciones es arrebatarles su religión, como el protestantismo va haciendo cada vez más de día en día. La oración no le exige más que estarse quieto con los ojos, manos, piernas y demás órganos, y de esta manera, momentáneamente los embellece y torna más humano.»

José ROJIDO MOREIRA

LA BIBLIA MÁS CORTA

Los Yesidis, que forman parte del Kurdistan, adoradores del diablo según han creído no pocos misioneros, aunque no haya razones para una suposición semejante, poseen el libro religioso más breve que se conoce. Lo constituyen ochenta líneas, y parece con toda seguridad que ha tenido que revelarse á los pobres creyentes para poder ser tolerados en su culto por los musulmanes que los dominan, que no permiten el ejercicio de ninguna religión que no tenga un libro sagrado.

Mr. Badger que con motivo de estudiar á los nestorianos y sus ritos visitó á los yesidis, ha dado las noticias más exactas que se poseen de este pueblo y de sus creencias. El autor del libro sagrado es Sheik-Adi. ¿Quién es Sheik-Adi? He aquí lo que ha podido averiguar el meritísimo Badger.

«¿Dónde está Sheik-Adi?—¿Y dónde está Jesús, Mahoma, Alí?—En todas partes.—Pues Sheik-Adi también.—¿Quién fué su padre?—No tuvo padre.—¿Ha muerto Sheik-Adi?—No puede morir.—¿Qué os pasará después de la muerte?—No lo sé.—¿Créis en el cielo y el infierno?—Sí.—¿Quién es el autor del bien? Sheik-Adi.—¿Acabará el mundo?—Sí.»

Examinando las varias revelaciones que los yesidis han hecho á los viajeros, la que resulta incontestable es que guardan un secreto absoluto sobre su religión. La doctrina esotérica, en ellos es transmitida de generación en generación sin revelarse jamás.

En las apariencias externas, tienen de todas las religiones, que han pasado por ellos, un resto visible que se traduce en actos del vitual, si así puede llamarse á la manera que tienen de ocultar su religión. Se circuncidan, reciben nombre al nacer, rezan á los muertos, castigan el adulterio y adoran al sol rezándole en su orto y en su ocaso.

He aquí toda su biblia.

EL POEMA DE SHEIK-ADI

¡QUE LA PAZ SEA CON ÉL!

Mi ciencia abarca la verdad de las cosas.
Y mi verdad soy yo mismo.
Y la verdad de mi origen publicada por ella.
Y cuanto ella ha conocido ya estaba en mí.
Todo el Universo me está sometido.
Y todas las regiones, habitadas y desiertas.
Y todas las cosas creadas.
Soy el Poder Soberano, precursor de todo.
Soy, El ha dicho, la palabra verídica.
Soy el Juez justo, el Dominador de la Tierra.
El que adoran los hombres en mi gloria.
Al que le abrazan los pies.
El que todo lo ha empezado.
Soy el Sheik, el solo, el único.
El que ha sacado de sí todas las cosas.
El que ha traído la Buena Nueva,
De parte del Señor que divisa las montañas.
Soy al que vuelven todos los séres.
Y le abrazan, sumisos.
Yo fructifico el fruto precoz.
Surjo, y vienen los discípulos;
Se retiran las tinieblas.
Yo conduzco al que quiere guía.
Puse en el Paraíso á Adam,
Y á Nemvod en el horno incandescente.

Soy quien guió al justo Ahmed,
Por mi sendero y mi camino.
Soy al que vuelven todos los séres.
A mí vienen por ejemplo y por dones.
Yo estoy sobre las cúspides.
La bondad y la caridad son mi misericordia.
Por mí temen los corazones,
Y me dan gloria y poder.
A mí viene el león fiero y le dejo petrificado.
Cuando viene la serpiente,
La pulverizo con mi poder.
Hiero las rocas, y tiemblan.
Saco agua de sus entrañas.
Yo he traído la verdadera Verdad.
El libro consolador ha salido de mí.
Soy el que juzga justamente.
El que juzga por su derecho.
Soy el que ha dado á las fuentes,
La más dulce y agradable de las aguas.
El que la saca por su misericordia,
El que, por su poder, la llama pura.
Yo soy á quien el Señor del Cielo ha dicho:
«Tú eres el Justo Juez, el Señor de la Tierra».
Soy el que ha revelado mis prodigios.
El que muestra sus virtudes en lo que existe.
El que hace que las montañas
Se inclinen á mi deseo.
Ante mí, todas las fieras creadas
Se prosternan y me adoran.
Soy Adí Es-shamí, el Hijo de Moosafir,
El Misericordioso me ha dado mis nombres.
El Trono, el Asiento, los Cielos y la Tierra.
En lo secreto de *mí no* hay más Dios que yo.
Todo me está subordinado.
No se puede renegar de mi dominio.
¡No reneguéis de mí, y someteos!
El que muere en mi amor va al Cielo;
El que muere en mi olvido.
Caerá en los tormentos y la miseria.
Yo digo que soy el Unico y el Sublime.
Enriquezco á quien quiero;
Loadme, porque todo es por mí...
Brilla el mundo por mis dones.
Yo soy el Rey que se exalta á sí propio.
Dispongo de todas las riquezas.
Os diré ¡oh gentes! algunos de mis caminos:
Quien me quiera, abandone el mundo.
y le diré la Verdad;
El Jardín Supremo lo reservo para esos.
He buscado la verdad y soy la Verdad misma.
Por una Verdad igual estarán á mi lado.

***

Artes Gráficas. J. Palacios, Arenal, 27.